TERESA

RIMAS DE UN POETA DESCONOCIDO PRESENTADAS Y PRESENTADO

POR

Miguel de Unamuno



RENACIMIENTO
San Marcos, 42
MADRID

ES PROPIEDAD
RERERVADOS TODOS LOS
DERECHOS

IMPRENTA LATINA. RODRIGUEZ SAN PEDRO, 19. TELEF. 11-26 J.

INDICE

	Págs.
Unamuno, poeta	5
Presentación	15
Rimas	53
Epístola	187
Notas	193
Despedida	223

Unamuno, poeta

Para "La Nación"

Cuando apareció el tomo de poesías de Miguel de Unamuno, hubo algunas admiraciones e infinitas protestas. ¿Cómo, este hombre que escribe tan extrañas paradojas, este hombre a quien llaman sabio, este hombre que sabe griego, que sabe una media docena de idiomas, qué ha aprendido sólo el sueco y que sabe hacer incomparables pajaritas de papel, quiere también ser poeta? Los verdugos del encasillado, los que no ven que un hombre sirva sino para una cosa, estaban furiosos.

Y cuando manifesté delante de algunos que, a mi entender, Miguel de Unamuno es ante todo un poeta y quizá sólo eso, se me miró con extrañeza y creyeron encontrar en mi parecer una ironía.

Ciertamente, Unamuno es amigo de las paradojas—y yo mismo he sido víctima de alguna de ellas—; pero es uno de los más notables removedores de ideas que haya hoy, y, como he dicho, según mi modo de sentir, un poeta. Si poeta es asomarse a las puertas del misterio y volver con, en los ojos, un vislumbre de lo desconocido. Y pocos como ese vasco me-

ten su alma en lo más hondo del corazón de la vida y de la muerte. Su mística está llena de poesía, como la de Novalis. Su pegaso, gima o relinche, no anda entre lo miserable cotidiano, sino que se lanza siempre en vuelo de trascendencia. Sed de principios supremos, exaltación a lo absoluto, hambre de Dios, desmelenamiento del espíritu sobre lo insondable, tenéis razón si me decís que todo eso está muy lejos de las mandolinas. Pero las mandolinas no son toda la poesía. Mandolina y viola de amor tocan para las horas que pasan en lo ligero de la vida. Y cuando suene la trompeta final, la aún simbólica y apocalíptica trompeta, tened por seguro que no existirá un sólo rosal plantado sobre la tierra.

A muchos nos ha perseguido la obsesión del enigma de nuestro ser y de nuestro destino futuro, y por eso quizá nos hemos refugiado en lo que a la tierra atañe, en el amor de la primavera y de la alegría, buscando después, en las angustias de lo porvenir, los ojos a lo alto, el lucero de Jesucristo.

Un día, en conversación con literatos, dije de Unamuno: un pelotari en Patmos. Le fueron con el chisme, pero él supo comprender la intención, sabiendo que su juego era con las ideas y con los sentires, y que no es desdeñable el encontrarse en el mismo terreno con Juan el vidente.

Es lo que él se considera: escultor de niebla y buscador de eternidad. Esto se ve en sus otras obras que no son versos, en sus ensayos sobre todo; en sus ensayos a la inglesa escritos a lo unamunesco,

esto es, con el emersoniano «whim», con capricho. La originalidad de este hombre, dicen las gentes, está en decir todo lo contrario de lo que dicen los demás, en dar vuelta como a un guante a las ideas usuales. Este es el señalado y censurado prurito de paradojismo. Esto causa, naturalmente, la estupefacción de los que no tienen nada que oponer al ímpetu ordenado de los carneros de Panurgo.

Unamuno, de la pajarita de papel ha ido a la tribuna pública, a la conferencia; se ha hecho notar en el movimiento social de su patria, y ha tenido el singular valor de decir lo que él cree la verdad, sin temor a inmediatas y temibles hostilidades. Siempre, como veis, un poeta.

* * *

Ya sé que muchos observan: ¿Y sus versos, y la forma de sus versos? Para mí esa es una de las manifestaciones de su inconfundible individualidad. Ha habido sabios o pensadores que hayan hecho versos, como Littré, o Taine. El ha hecho ejercicio retórico, o deporte intelectual. En Unamuno se ve la necesidad que urge al alma del verdadero poeta, de expresarse rítmicamente, de decir sus pesares y sentires de modo musical. Y en esto hay diferentes maneras, según las dotes líricas del individuo; y no porque una música no se parezca a la del autor por vosotros preferido, hemos de concluir que no es buena, No todas las aves tienen el mismo canto, como todas las

flores no tienen la misma forma ni el mismo perfume. En la poesía francesa, las rosas de un Bauville no se parecen en nada a las flores casi minerales de un Baudelaire, o, en otro sentido, de un Leonte de Lisle, y mucho menos a los lirios lunares de un Pauvre Lilián. Cada jardinero cultiva sus plantíos preferidos. Y aún hay los que nocturnamente aman ir a coger la parietaria.

Una frecuentación concienzuda de los clásicos de todas las lenguas, ha dado a la expresión poética de Miguel de Unamuno cierta rigidez que hay quienes suponen dificultad en la expresión rítmica de la palabra. Yo no he visto escribir versos al Rector de la Universidad de Salamanca, ni conozco su método de trabajo, ni sus bregas con el pensamiento y con el verbo. Pienso, sin embargo, que debe escribir sus composiciones con facilidad, pues las teorías de estrofas, en su ordenación que parece forzada, marchan holgadamente en la procesión poemática. No es, desde luego, un virtuoso, y esto casi me le hace más simpático mentalmente, dado que, tanto en España como en América, es incontable, desde hace algún tiempo a esta parte, la legión de pianistas. El no da tampoco superior importancia a la forma. El quiere que se rompa la nuez y vaya uno a lo que nutre. Que se hunda uno en el pozo de su espíritu y en el abismo de su corazón, para buscar allí tesoros aladínicos. El tiene el respeto y la adoración del verso, de modo que no contemporiza con quienes

le usan en fábulas de juglar. Lo del clown del circo francés, le pondría furioso. Si le fuera posible, cantaría únicamente en una música interior que no pudiese ser escuchada fuera, tal como el sonar de esas fuentes subterráneas cuyo cristalino ruido de aguas halla tan sólo repercusión en lo cóncavo de las grutas esculpidas de estalactitas.

Lo que resalta en este caso es: la necesidad del canto. Después de fatigar los brazos y mellar las hachas en la floresta de lucubraciones, llega un momento en que es preciso buscar un rincón apacible de verdor y frescura donde reposar y en donde se ponga el alma limpia a oir el canto de los ruiseñores. Esos ruiseñores, como aquel pájaro de paraiso que oyó cantar al monje de la leyenda, saben de lo eterno, de lo que no tiene que ver con lo cambiante y efímero de nuestra vida terrena, y con nuestro rápido paso por la existencia, que es el de una irisada burbuja.

La necesidad del canto: el canto es lo único que libra de lo que llama Maeterlinck lo trágico de todos los días. A medida que el tiempo pasa y a pesar del triunfo de los adelantos materiales, la omnipotencia órfica se acentúa y se hace cada vez más invencible. Y el poeta ve pasar triunfante, al lado del aviador, el vuelo dominante de la oda.

Unamuno sabe bien que el verso, por la virtud demiúrgica, tiene algo de nuestra alma al salir de ella, que es uno de los grandes misterios del espíritu,

que es un rito mortal para el cual la iniciación viene de una voluntad divina. Dice a sus versos:

Id con Dios, pues que con El vinísteis
En mí a tomar cual carne viva, verbo,
responderéis por mí ante El, que sabe
que no es lo malo que hago, aunque no quiero
sino vosotros sois de mi alma el fruto,
vosotros reveláis mi sentimiento,
¡hijos de libertad! y no mis obras
en la que soy de extraño sino siervo;
no son mis hechos míos, sois vosotros,
y así no de ellos soy, sino soy vuestro.

* * *

¿Quién diría que en este solitario de su propio Port Royal, que en este místico de última hora—, y de siempre—que en este cerebral, hubiese lo que se llamaba en el siglo XVIII un hombre sensible? Es verdad que él dará, desde luego, la clave de su psique:

Piensa el sentimiento, siente el pensamiento.
.....
Lo pensado es, no lo dudes, lo sentido.
¿Sentimiento puro? Quien en ello crea,
de la fuente del sentir nunca ha llegado
a la viva y honda vena.

Al canon: «De la musique avant toute chose», opone, hablando de sus cantos:

Peso necesitan, en las alas, peso,
la columna de humo se disipa entera,
algo que no es música es la poesía,
la pasada sólo queda.

Luego expresará algo que parecerá incomprensible a los infatigables organilleros que camelan poesía a su manera, en incontenible chorro:

Mira, amigo, cuando libres
al mundo tu pensamiento,
cuida que sea, ante todo,
denso, denso.
Y cuando sueltes la espita
que cierra tu sentimiento,
que en tus cantos éste mane:
denso, denso.
Y el vaso en que vino escancies,
de tu sentir los anhelos,
de tu pensar los cuidados,
denso, denso.
Mira que es largo el camino
y corto, muy corto, el tiempo;
parar en cada posada
no podemos.
Dinos en pocas palabras
y sin dejar el sendero,
lo más que decir se pueda.
denso, denso.

Con fibra recia de ritmo
fibrosos queden tus versos,
sin grasa, con carne prieta,
densos, densos

* * *

Basta para comprender los principios de su arte poético. Por eso tendrá antipatía por todo lo francés, y le veremos gustar de la poesía inglesa, de Shakespeare, de los lakistas, del italiano Carduci. Con ser muy castellano su vocabulario y muy castizo su misticismo, le encontraremos cierto aire nórdico que hace, a veces, que algunos de sus poemas parezcan traducidos de poetas de ojos azules. Ese aire nórdico se explica también, sabiendo que el cantor es originario de las provincias vascongadas, y que su gravedad es de raza. Por esto también su desdén de lo superfluo y su desprecio por lo frívilo. Malignamente, aquí donde es habitual jugar con el vocablo, he oído decir que los versos de Unamuno, como él quiere, son «pesados». También el hierro y el oro lo son.

* * *

De modo, me diréis, que Unamuno es, según su opinión, un poeta. Un poeta, un fuerte poeta. Su misma técnica es de mi agrado. Para expresarse así hay que saber mucha armonía y mucho contrapun-

to. Lo que parece claudicación es uso de sabio procedimiento. Y notar que, entre esos poemas que parecen recitados de súbito, entre aplicación rara, consciente versolibrismo, suelen brotar profundos y melodiosos sones de órgano que habrían regocijado al Salmista. Eso es lo que más gusto en él, sus efusiones, sus escapadas jaculatorias hacia lo sagrado de la eternidad.

Esto no es renegar de mis viejas admiraciones ni cambiar el rumbo de mi personal estética. Tengo, gracias a Dios, una facultad que nunca he encontrado en tantos sagitarios que han tomado mi obra por blanco: es la de comprender todas las tendencias y gustar de todas las maneras. Todas las formas de la belleza me interesan, y no sé por qué razón habría de desdeñar la orquídea por el girasol o el girasol por la orquídea. Yo me deleitaría en Versalles con los violines del Rey; mas ya mi espíritu vendría de lo lejano del Tiempo, de escuchar el canto de las sirenas, o las trompetas de Jericó. El canto quizá duro de Unamuno me place tras tanta melíflua lira que acabo de escuchar, que todavía no acabo de escuchar. Y ciertos versos que suenan como martillazos, me hacen pensar en el buen obrero del pensamiento que, con la fragua encendida, el pecho desnudo y transparente el alma, lanza su himno, o su plegaria, al amanecer, a buscar a Dios en lo infinito.

RUBÉN DARÍO.

Madrid, marzo de 1909.

TERESA

PRESENTACION

Hará cosa de año y medio recibí de una pequeña villa, cuyo nombre, fiel a una promesa, que estimo sagrada, no he de revelar, una carta de un muchacho herido de mal de amor y de muerte, de amor de muerte y de muerte de amor. Sólo me es permitido dar su nombre de pila: Rafael y el de la muchacha que muerta poco hacía le llevaba a morir, y era Teresa. Quédese, pues, en Rafael, su nombre de cristianar, un Rafael cualquiera, el Rafael de Teresa, como en general firmaba las cartas que me escribió, y ella la Teresa de Rafael.

Trabóse entonces entre nosotros una correspondencia asidua, pues aunque apenas si logro contestar las cartas que se me dirigen, ya que quien se dedica al púlpito ha de abandonar el confesonario, contestaba las del Rafael de la Teresa muerta, y era porque con ello me sentía remozar y aun renacer. Era como si a más de la mitad del camino de la vida, traspuesto ya el puerto serrano que separa la solana de la umbría y bajando la cuesta del ocaso hacia los campos de

gamonas, hubiese topado con uno de mis yos ex-futuros, con uno de los míos que dejé al borde del sendero al pasar de los veinticinco.

La historia de mi Rafael de Teresa era sencillísima y muy vulgar, más bien cursi; la historia del pobre chico provinciano, pueblerо, mejor: parroquial, que se enamora, sin darse de ello cuenta, de una de sus amigas de la niñez, con uno de esos amoríos que nacen como el alba, que se hace desde su comienzo costumbre del corazón y pasa a ser noviazgo, de esos noviazgos trágicamente apacibles, a la española, que quema y aun calcina sus sentires y sus pensares en la calentura de la pubertad y que ve languidecer y morir de tisis a su primera, a su última, a su única novia. Y él, herido también de muerte, acaso por contagio, no tarda en seguirla a tierra común. La vieja historia romántica!

Estos amores le habían hecho a mi Rafael poeta, creador, es decir, amante de la verdadera sabiduría, de la de saber vivir muriendo—o morir viviendo—, o sea filósofo. Pensaba sus sentimientos y sentía sus pensamientos. Y llegó a fraguar, por vía dolorosa, como todos los verdaderos poetas eróticos, una metafísica del amor, una *meterótica*, diríamos. Meterótica de entrañada intimidad sobrenatural, pues la naturaleza se atiene a la física del amor. De esa meterótica me hablaba en sus estremecidas cartas, a la vez que me remitía algunas de sus rimas, de las escritas después de enterrada su Teresa, puesto que las anteriores las había quemado, cumpliendo una promesa

que hizo a su novia, sobre el enterramiento de ésta, que es a lo que se alude en la rima 69. Las analizábamos en nuestra correspondencia. Y yo, por mi parte, tomándole por confidente, le enviaba algunos de mis versos.

Pedíame en sus cartas consejos, indicaciones, sugestiones, correcciones. Quería leer, instruirse, para morir con más mundo. Era la suya un hambre de aprender y a la vez de producir. Y no propiamente por la gloria. Ya que no había podido tener hijos de carne y sangre y hueso en su Teresa, quería tenerlos de espíritu, quería inmortalizarse o más bien inmortalizar a su huidera novia; quería hacer mármol lo que fué nube. Sin importarle mucho que las gentes descansasen o no sus miradas en ese mármol. Y por ello me rogaba que no diese a publicidad sus rimas mientras él viviese y que rompiera más bien las que yo creyese que no pudieran servir para consolar a nadie de haber nacido a morir. Pero ¿quién soy yo para esa selección? Repúgnanme las églogas o selecciones; me repugna el escojimiento de poesías de un poeta. En las que nos parecen las peores de uno, suele latir el alma de él tanto o más intensamente que en las otras, y por lo menos explican y aclaran y hermosean a las que tenemos por mejores.

Fué mi Rafael, a juzgar por sus cartas, un muchacho culto y de escojida, si no muy vasta, lectura. Mucha y muy buena parte de ésta la debió a recomendaciones mías. Y a la vez no he de callar, pues sería inútil, que mis escritos influyeron poderosamente

en la formación de su espíritu. Solía llamarme en sus cartas su maestro, y sin duda alguna lo fuí más que otro alguno y lo fuí más que de ningún otro. Después de su Teresa, por de contado, que fué su maestra soberana en meterótica y en poesía.

No llevábamos poco más de un año en correspondencia Rafael de Teresa y yo, cuando, después de una interrupción de algunos días, recibí carta de un su amigo, confidente y compañero, en que me decía que aquél había ido, al fin, a unirse en la tierra con su novia, que al ir a morir le llamó una vez más y le confió que hiciese llegar a mis manos una especie de testamento poético que había escrito, algunos papeles y nuevas rimas, que con las que me había ya remitido en sus cartas, forman el manojo de ellas que aquí publico. Y le encareció su deseo de mantener en secreto la integridad de su nombre civil y su naturaleza.

Tal es la historia escueta y limpia de detalles. Ni Rafael de Teresa tiene más biografía que la que de estas rimas, que fueron la vida de su amor, se desprende.

*
* *

Presumo que este relato, históricamente histórico, no habrá de satisfacer a muchos, tal vez a los más de nuestros lectores—de Rafael y míos—, y que al recordar la conocida figuración de aquel Lorenzo Stechet-

ti que inventó Olindo Guerrini, se figurarán que invento un ente de ficción para hacerle decir cosas mías. Y más se figurarán esto los que conozcan mi doctrina estética, y hasta lógica, de que los entes llamados de ficción o de figuración son más reales y objetivos históricamente que sus supuestos y confesados autores, que los que creen haberlos inventado, que Don Quijote y Sancho hicieron a Cervantes y que Werther, Fausto y hermanos a Goethe, y así con los demás.

Mas no es de creer, por otra parte, que se le ocurra a nadie pensar que cuando me falta apenas un año para cumplir los sesenta vaya, en un veranillo de San Martín romántico, a resucitar lo que entre la mocedad de hoy colijo que nacería muerto. ¿O es que vamos a creer en aquel legendario milagro de la doncella anciana, que habiéndose puesto a contemplar una flor, un pensamiento ajado, entre las hojas de su devocionario antiguo, en un acceso de recuerdos, añorando su mocedad, se puso a llorar de tal modo lágrimas de evocación y de fuego que regada con ellas la ajada flor, el pensamiento revivió y echó tallo, raíces, hojas y, por fin, nuevas flores?

Acaso esto no convencerá a alguno de esos discípulos de Freud, dados al psico-análisis—que no es sino la casuística jesuítica de confesonario desamortizada—, y que se dirá que aparece aquí, en estas rimas, un Unamuno que se contuvo y contrajo a los veinte años. Mas yo le aseguraría que no es así, y que ese mi ex-futuro Unamuno se murió, si no fuera porque no creo—es decir, no quiero creer—en la muerte

definitiva e irrevocable de ninguno de nuestros otros yos posibles. Sainte Beuve hablaba de su propio *poête mort jeune*, pero no creo que creyese en la muerte de éste.

Te aseguro, lector, que este Rafael de Teresa cuyas rimas te ofrezco, ha existido real y verdaderamente, así como la Teresa de Rafael.

«Pero, bueno—me dirás, recordando otras de esas que los tontos llaman mis paradojas—, ¿qué es lo que entiendes por eso de existir real y verdaderamente?» Y yo aquí podría distraerte y desviarte con caracolitos lingüísticos en torno a lo que debería querer decir existir, esto es: *ex-sistere*, estar fuera, y su diferencia de *insistir*, o estar dentro, y lo que sea realidad y qué verdad.

Te he hablado ya, lector, de un presunto ex-futuro Unamuno, y en estas rimas hay una, la 79, en que Rafael se estremece ante su ex-futuro, rima que escribió después de haber recibido una carta en que yo le hablaba de ese terrible misterio que él llamó

el isondable abismo de amargura
del hijo de mujer.

Se ha dicho que un río sigue siempre el cauce de menor resistencia, su curso natural. Natural, sí; pero de menor resistencia de conjunto, no. Como el río es ciego y no ve ni a un jeme, en cada momento rodea o vence el estorbo que se le oponga, siguiendo la línea de menor resistencia; pero muchas veces, si se

le quitase de delante aquel estorbo, tomaría otra dirección y el curso subsiguiente le sería de menos trabajo que el que tuvo que tomar. Que es en lo que se funda la ingeniería de hidráulica y entre los hombres la educación. Tal curso de agua: *m*, que ahora va por la cuenca *M*, si se le hubiese desembarazado de un tropiezo en aquel punto, iría por la cuenca *N*. Pero como es el caso que por esta otra cuenca va el río *n*, ello quiere decir que las distintas aguas se buscan su curso. O sea que el que perdimos de ser al tomar en un momento de nuestra vida una resolución crítica, lo es otro; que nuestros otros yos ex-futuros, que fueron posibles, son los demás. Y así pudo decir el gran poeta Walt Whitman que sus mejores cosas las habrían de decir otros. ¿O es esto también, tontos míos, paradodoja?

Alguien recordará a este propósito a Werther, y se preguntará una vez más si no fué otro Goethe, unos de los Goethes posible, un ex-futuro suicida Goethe. Pero ¿suicidó a Werther Goethe en sí, acabó con su insistencia, como creía haber acabado con su existencia, al escribir el fatídico librito? Y además Goethe se encontró con Werther cuando, teniendo aquél veintitrés años, se enteró, el 1.° de noviembre de 1772, del suicidio de Jerusalem, y no a los cincuenta y ocho bien pasados, como yo cuando me encontré con el Rafael de Teresa. Goethe también hizo remozar con ciertos brevajes a su Fausto, y años después nuestro Espronceda—su Teresa no tenía nada de común con la de mi Rafael—remozó al Don Pa-

blo de su *El Diablo Mundo*, quitándole la conciencia de su vida anterior y convirtiéndole en un Adán, que por haber salido en pelota, desnudo y mostrando sus inocentes vergüenzas por las calles del vergonzoso nocente Madrid, fué apedreado. Y es que no hay nada peor que ofender no al pudor, sino a la envidia de nuestros prójimos.

*
* *

¿Por qué Rafael no destruyó sus rimas como había quemado las que antes de enterrada su Teresa había escrito, y por qué me las comunicó a mí y no a otro?

Es que Rafael no quería morir, anhelaba vivir en su obra, no en su nombre. Lo que parece, como en él, amor a la muerte, suele ser un amor frenético y desenfrenado a la vida, amor que quiere dar vida a la muerte, amor a la inmortalidad, a la resurrección. Hablar no más que una vez y morir, pero a su lado.

To speak but once, and die! yet by his side!

dice el poeta Aprile en el «Paracelso» de Roberto Browning.

Y no es el amor del nombre o de la fama, ¡no! Se busca a las veces la inmortalidad en el pseudónimo, en el anónimo; en realidad de verdad, en lo que se busca es en la obra.

Hay en la literatura francesa un soneto famoso, obligada pieza de antologías, a que se le llama el soneto de Arvers. Arvers no es ya más que el autor de su soneto, Arvers el del soneto. Poema y poeta, obra y obrero, se han hecho uno y lo mismo, y así ambos se han inmortalizado.

Este verano de 1923 he conocido en Tudanca—la Tablanca de la novela «Peñas arriba», de don José María de Pereda—al que éste llamó Pito Salces, diciendo de él que no tenía sentido común, y es el tío Eladio Cosío, de ochenta y seis años de edad, henchido de sentido propio, una especie de Menipo celtíbero, filósofo, socarrón y cazurro. Dice de la novela perediana que «la obra tiene muchos engaños», pero ella le despertó o azuzó su ansia de inmortalidad. Jura y perjura que está en el muelle, en el de Santander, o sea en el pedestal de la estatua que en él se elevó a Pereda; se envanece de que le han retratado varios señores—y de que van a oirle—, y no quiere morir. Y es porque ama su obra. ¿Amor al ruido, diréis? De él, de Pito Salces—démosle el nombre que le dió el novelista—es esta adivinanza; o, por lo menos, a él se la oí:

Qué cosa tiene el molino
precisa y no necesaria;
no puede moler sin ella,
y no le vale de nada.

Es el ruido. Sin ruido no muele el molino. Pero ¿es cierto que el ruido no vale de nada en la obra del molino? Vale para brizar el sueño del molinero, para animarle en su labor, para cantarle la vida. Sin el ruido del molino, el molinero no echaría trigo a la tolva.

En el ruido y con él buscamos la inmortalidad de nuestra obra. Y mi Rafael buscaba la inmortalidad de su obra de amor.

* * *

Pero ¿por qué se dirigió para ello a mí y no a ningún otro de nuestros literatos y poetas? La razón es obvia: por cierto íntimo parentesco de espíritu entre él y yo, parentesco que descubrió leyendo atentamente mis escritos. Porque entre las varias influencias de poetas españoles que el lector observará en estas Rimas que obraron sobre mi Rafael, las de Bécquer, Querol, Campoamor, Medina, Antonio Machado, Ausias March—a éste lo leyó por consejo mío—, la influencia mayor fué la mía. Acaso la técnica de sus versos no sea la general mía; pero el estilo es el mismo. Y el estilo es el hombre. Y por mi parte, cuando me envió la rima 13, en que comentaba un *hakai* pseudo-japonés de Eugenio d'Ors, le escribí ésta:

Volverán las oscuras golondrinas...
vaya si volverán!

las románticas rimas becquerianas
gimiendo volverán.
Volverán los gastados suspirillos;
la vida los traerá...
y las pobres muchachas pueblerinas
de nuevo los dirán.
Mas los fríos refritos ultraístas,
hechos a puro afán,
los que nunca arrancaron una lágrima,
esos no volverán!

A lo que no dejó de oponerme algunos reparos respecto a las lágrimas.

Y aún hay más versos que me hizo escribir mi Rafael de Teresa. Varios escribí para él y como por su contagio, y eso cuando creía que se me iba agotando la vena.

A cuyo propósito recuerdo una tarde de íntima congoja que pasé hace unos diez años, en 1913, yendo de Béjar a Salamanca, a la hora en que el sol, fatigado, se arropaba en nubes sobre la sierra de Francia. Tenía yo entonces cuarenta y nueve años y me asaltó el pensamiento de que se me agotaba la virilidad espiritual y que la vena de la poesía se me acababa. Y entonces escribí en mi cuadernillo íntimo estos versos, que se me antojó serían mi último canto:

Te he sentido pasar: escalofrío
metiéronme tus alas hasta dentro
del tuétano y vacío...

¿Qué decirme querías? Ya no encuentro
para encarnar mi anhelo idea alguna;
recordar esperanzas
me queda nada más en esta vida,
y entre tantas mudanzas
prepararme al final de la partida.

. . . . . .

Dejé de hacerme padre y el conato
en lágrimas se queda;
me tronza el arrebato
y vuelve, como esclavo, el pensamiento
siempre la misma rueda;
besos no más, aire que lleva el viento.

Del árbol ya pelado, en frágil rama,
tiembla la última hoja;
mira al montón de hermanas, ya amarillas,
que por el sucio suelo desparrama
el viento, del que espera la recoja
y la lleve, a servir como mantillo,
a las mieses que luego en ricas cillas
serán del labrador sustento y brillo.

La edad viril devuélveme, Dios mío;
sobre mi frente pon tu mano amiga;
relléname el vacío;
lo que tanto callé deja que diga;
mas yo no sé lo que callaba tanto
y esta mi queja es ya mi último canto.

Es nube mi quimera;
cuando quiero cojerla se deshace;
lo que quise decir ¡si yo pudiera
volverlo a recordar...! ¡Es imposible!
Sólo una vez para morir se nace
y tras vivir en anhelar inquieto,
sin un punto de calma,
a las veces se muere, ¡es bien terrible!,
llevándose a la tumba aquel secreto
que era el alma del alma.

Sin decir mi palabra,
mira, Señor, que se me va la vida,
mas antes que sucumba
dentro mi corazón la Muerte labra
del silencio la tumba
donde todo se olvida.
No me olvides, Señor; deja que cante
para Ti nada más, de Ti delante,
lo que tanto callé, lo que escondiste
tan dentro mío que no lo encontraba,
tus palabras, Señor, las que pusiste
como huesos a mi alma, que con ellas
en pie se sustentaba
mirando a las estrellas...
Que mi cuerda cordial en estallido
se quiebre al dar tu nombre,
ese nombre inefable que aterido
de misterio, Jacob pedía en vano,
vida y muerte del hombre,

remedio a la quimera
y el único consuelo soberano;
que en tu nombre repose
y que puedan decir cuando me muera:
«¡no más que en un decir *¡Jesús!* murióse!»

Y después de éste, mi presunto último canto, del verano de 1913, ¡cuántos más no he exhalado, sin contar los que me han inspirado mi Rafael de Teresa y mi Teresa de Rafael!

¡Y esto a mis años! Aunque acaso aquí no encaje lo que el coro de ancianos de *Las Abispas* de Aristófanes cantaba (versos 1060 a 1070), diciendo en hermosos versos griegos esto que en prosa castellana pongo así: «¡Oh nosotros que fuimos robustos en los coros y robustos en las batallas, y por esto sólo mismo varones los más varoniles! ¡Esto era antes, antes! Pero ahora se nos van más blancos que el cisne y florecen estos cabellos. Mas de estos restos hay que sacar fuerza juvenil, pues creo que mi vejez es mejor que los rizos de muchos mozos y que su apostura y su *euryproctía.*» Palabra esta última que no quiero traducir y cosa que suele acompañar a las melenas del falsificado romanticismo de bohemia.

Muchos de mis lectores y sedicentes secuaces y hasta partidarios—hay quien se me arrima blasfemando y diciéndose *unamunista*..., ¡qué feo nombre!—se decían y se dicen y alguna vez me dicen a mis blancas barbas que por qué y para qué me enterco en

hacer versos, camino al que Dios no me ha llamado, según los más avisados de ellos. Y añaden que si es que tomo en serio esto de los versos. A los que no tomo en serio es a los que no los toman así.

Y de paso no estará de más indicar si no sería bueno llamar a los versos como el Infante don Juan Manuel los llamaba: *viesos*, aunque resulte consonante de *diviesos*, y decir que Unamuno significa en vascuence «colina de gamonas», o sea «gamonal» o «gamoneda», y que la gamona es el asfodelo.

Y volviendo a los versófobos—permitidme este vocablo híbrido, como sociología o burocracia, aunque no más feo—, dicen: «Sí, está bien en verso; pero ¡qué lástima! ¡Estaría mejor en prosa!» Los que así dicen carecen de sentido estético literario, porque lo contrario es la verdad, o sea que lo que está bien en prosa, si es cosa de belleza, estaría mejor en verso. Y muchas veces lo deja uno en aquélla por no disponer ni de tiempo ni de sosiego ni de ánimo para versificarlo. Vicente Colorado, que no toleraba que se escribirse de teatro en prosa, y que creyó en mí más que yo mismo cuando, hace veintiséis años, publiqué por primera vez mi novela *Paz en la Guerra*, un poema, se me quejaba de que no hubiese puesto su final en verso. Pero toda buena prosa, prosa literaria, prosa duradera, prosa bella—isólo dura lo bello y lo verdadero en cuanto bello y si no, no!—, es en cierto modo verso. Lo son las oraciones. En la rima 71 de mi Rafael, una de las más sentidas y acabadas de

las suyas, sin más que añadirle una conjunción, ha reducido una parte del Ave María a tres versos concordes, un endecasílabo, un eptasílabo y un pentasílabo. Y su rima 81, la que acaba:

hágase tu voluntad
así en la tierra como en el cielo,

la escribió después de una carta mía en que le hablaba del ritmo de nuestras oraciones, y acaso la fraguó empezando por esos sus dos últimos versos.

Y ahora y por esto podrá el lector percatarse de por qué fué a mí y no a ningún otro de los poetas españoles de hoy a quien se confió Rafael, el de Teresa.

*
* *

«¿Y quién era Teresa?»—me preguntaréis—. «¿Un símbolo?» ¡No! Es decir, sí, en cuanto es símbolo todo los que vive con vida duradera e íntima. No un símbolo en la significación que a este tan poético término le dan ordinariamente los hombres del menguado sentido común estético—y en nada es más menguado el sentido común que lo es en estética—, no un mito, pero en otro respecto, en sentido propio, no común, toda mujer de carne y sangre y hueso, como fué la Teresa de mi Rafael, es un símbolo, esto es: un resumen, y un mito, y una leyenda, sobre todo para su

amante. Porque amar es simbolizar, resumir, y mitopeizar, crear leyendas. Y si alguna vez parece mito en otro sentido, la culpa será de su Rafael.

En la rima 84 nos dice Rafael que no ha habido más que una sola pareja, y cita algunas célebres en la historia poética, en la leyenda. Y esto, aunque le parezca extraño, está relacionado con el misterio del tiempo real, de la contemporaneidad de todo lo semejante, de la eternización de la momentaneidad, que tanto angustiaba al pobre Rafael.

Le pedí un retrato de su enterrada novia y me contestó: «No, no se lo envío, ya que no puedo darle los ojos del cuerpo de mi alma. Le parecería a usted peor aún que fea, vulgar, insignificante.» Le contesté que estoy seguro de que ni Beatriz, la del Dante, ni Laura, la del Petrarca, ni Leonor la del Tasso, ni Julieta, la de Romeo—uno de los padres de Shakespeare—, ni Isabel de Segura, la de Diego de Marsilla, los de Teruel, ni Carlota, la de Werther, ni Margarita, la de Fausto, ni Teresa, la de Simón—de quienes nos dijo Camilo Castello Branco en su *Amor de perdiçam*—, ni ninguna de las mujeres símbolos del amor sentido y producido fueron bellezas profesionales, llamativas. Con mucha verdad dice Maragall cantando a la que fué su mujer, que la vió por primera vez en un valle muy alto del Pirineo, en un verano, pero que no la vió sino después de verla mucho, porque tenía la belleza muy recóndita, como la violeta que embalsama los bosques:

En una vall del Pirineu molt alta
un estiu la vegí per primer cop;
no la vegí sino després molt veure-la,
perque té la bellesa molt recóndita,
com la viola qu'embalsama 'ls boscos.

Y en mi novela *La tía Tula* he hecho notar, cantando a dos hermanas, que «eran la hermosura espléndida y algún tanto provocativa de Rosa, flor de carne que se abría a flor de cielo a toda luz y a todo viento; pero eran luego los ojos tenaces de Gertrudis los que sujetaban a los ojos que se habían fijado en ellos y los que a la par les ponían a raya.» Y así, me figuro a la Teresa de mi Rafael, una muchacha de ojos tenaces nacida a morir doncella.

Ni, en otro campo de la erótica, suele ser una beldad de las que van barriendo las miradas de los pasajeros, la mujer fatal de que nos habla el mismo Camilo—en *A mulher fatal*—, la que arrastra al hombre, cuando menos lo presumía, a la locura y la degradación.

¿Y espiritualmente? ¿Sería Teresa la muchacha sutil, aguda e ingeniosa que aparece en estas rimas? A lo cual me escribía Rafael: «No crea usted, don Miguel, que esas cosas que en mis versos dice Teresa las he inventado yo, ¡no! ¿Tenía lectura? Muy poca. ¡Pero no sabe usted bien lo que intuía, lo que adivinaba! Además yo le conté muchas cosas y le leí un poco y bastante de ello de usted. Dicen de algunos niños precoces que les mató el exceso de su inteli-

gencia; pero debe ser, más bien, que la cercanía de su muerte, el sentimiento de la brevedad de su vida, les enciende la mente y quieren llevarse, como viático, lo más de mundo que puedan. Y ¡qué de cosas no debe de ver una mujer que se malogra cuando se sentía en espíritu y en anhelo madre!»

Se me dirá que esto de la maternidad es una de mis preocupaciones. Y lo fué de mi Rafael y de su Teresa y lo es de todos los novios y novias españoles, novios para el hogar. Fué la preocupación matriz de Maximina y de la Hermana San Sulpicio, dos de las madres de nuestro novelista don Armando Palacio Valdés. Y ¿voy a recordar aquí la heroína de mi novela *La tía Tula*?

¡Novias para el hogar! ¡Para la jaula! Y esto de la jaula me lo sugiere la rima, verdaderamente trágica, 87, esas quintillas en que Rafael nos dice

> que en esta España el noviazgo
> da en los tuétanos calambre,

y en que nos habla de la reja, que en otra de sus rimas, no menos trágica, la 28, compara con la tentadora serpiente del Paraíso Terrenal.

¡La reja! ¡La reja como preparación para el hogar! Al pensar en ella no puedo apartar de mi pensamiento y de mi cuidado las rejas de la jaula en que se lleva a la perdiz o a la codorniz de reclamo para la caza. La reja es la tragedia de la mocedad española. En ella se apoya aquel fatídico genio de

la especie de que nos hablaba el pesimista Schopenhauer. Pelar la pava es el aprendizaje del terrible matar la eternidad en que ocupamos los españoles el sueño de la vida. Y el culto a la mujer es el culto a la maternidad, a la maternidad original.

En mi vida podré olvidar la escena que presencié el día de San Bernardo, de hace dos años, de 1921—¡año histórico y trágico!—, en la iglesia de la Trapa de Dueñas, aquí, cerca de esta ciudad de Palencia, en que escribo estas líneas. Cantaban los trapenses, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas—*gementes et flentes in hac lacrimarum valle*—la «Salve» a María Santísima, a la Virgen Madre. En lo alto del retablo, alumbrada por muchedumbre de luces que la envolvían en nimbo de leyenda, una imagen, en madera pintada, de la Madre de Dios, de azul, color de cielo, y rojo, color de sangre, con los brazos tendidos a lo alto, como para volar. Se me antoja que la representaba después de su visita a su prima Santa Isabel, y antes del nacimiento de su Hijo. El canto, el lloroso gemido más bien, de los trapenses, henchía el templo y se alzaba como para dar más vuelo a la Virgen. Era, a la vez, un canto de cuna, un canto de brizamiento para el sueño de la vida eterna que sentían aquellos hombres. Era como si desearan aniñarse, ir haciéndose pequeñuelos, remontar el curso de la vida hacia su fuente, volver a la niñez y desnacer, entrando en el vientre—de que fué fruto Jesús—de la Virgen Madre para dormir en él, y en la paz de la inconciencia, la eternidad.

Aquellos pobres hombres, ancianos algunos—en su segunda infancia—, otros en edad de padrear, sentían a lo lejos, a lo lejos de sí mismos, en las lontananzas de su pecho, el canto de silencio que les ceñía cuando esperaban salir del vientre materno, cuando iban a ser echados del jardín del Paraíso por el Angel de la Muerte, aquel canto de la eternidad, del eterno pasado.

Y entonces sentí lo que mi Rafael debió de sentir cuando en su «Rima LXXI» cantaba:

Tú, Señora, que a Dios hiciste niño,
hazme niño al morirme,
y cúbreme con el manto de armiño
de tu luna al oirme
con tu sonrisa.

Y entonces comprendí todo el poético sentido que encierra la expresión *des-nacer*, aplicada al morir, no menos enérgica y honda que aquella otra de *des-esser*, de Ausias March.

—o—

Y esto nos trae al inmortal misterio de la hermandad—la mellicidad, diríamos—del Amor y la Muerte que cantó, con más amor y más vida que nadie, Leopardi. Y este misterio gozoso, doloroso y glorioso a la vez, es el cimiento de la meterótica. El amor y la muerte, la tesis y la antítesis, la posición

y contraposición, que diría un hegelíano, y luego la inmortalidad como síntesis o composición, el amor en la muerte y la muerte en el amor. Porque para inmortalizarse hay que amar y hay que morir. El acto carnal mismo es una pequeña muerte. Y si morir es des-nacer, nacer es des- morir.

Desventurado el que ha cogido
tarde la flor;
y ¡ay de aquel que nunca ha sabido
lo que es amor!

dice nuestro Rubén Darío en su *Poema de Otoño;* y luego:

La paloma de Venus vuela
sobre la Esfinge.

Y después:

Y aún siente nuestra lengua el gusto
de la manzana...

Y por fin:

¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!
Y al reino del Amor por el camino de la Muerte.

¿De qué murió mi Rafael? Me han asegurado que, como su Teresa, de tisis, de consunción pulmonar, de

agotamiento del corazón. Yo creo que murieron de la reja. Y de amor insaciado e insaciable. Que no es tan absurdo como pueda parecerles a los tontos de corazón el que un enamorado se muera, como se murió el Leriano, de la *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro, el amante de Laureola, de amor, aunque no todos los que así mueren se traguen, como se tragó Leriano, los pedazos de las cartas de la amada en un vaso de agua. Mi Rafael no se tragó sus versos.

Camilo Castello Branco, en sus «Mulhares celebradas e exquisitas», hablando de Laura, cuyo supuesto retrato figuraba al frente del escrito, decía: «Aquí tienen a Laura del Petrarca, tal cual. ¿Del Petrarca, dije? ¡Pobre poeta! Laura fué tanto de él como del lector o mía. Nosotros, por lo menos, poseémosla en retrato, y el pobre hombre tuvo el infortunio de amar en el siglo XIV, en que era más fácil hacerse con diez originales que con una copia... Laura nació en 1308 y murió en 1348. Ninguna mujer hermosa debía querer vivir más allá de los cuarenta años... El poeta, naturalmente, ¿finó de *saudade* sobre la sepultura de Laura? No, señores míos: el poeta entró en la vida diplomática, conquistó renombre de gran político, se enriqueció, engordó y tuvo la insolencia de vivir aún veintiseis años. De donde se concluye que el soneto es un gran respiradero de las pasiones, una óptima sangría para evitar congestiones cerebrales; es el soneto, en fin, corrosivo cáustico para expurgar el apostema del amor corrompido en el corazón de quien lo hace y de quien lo lee. Para los corazones inflama-

dos, el soneto es una especie de fuentecilla abierta, por donde se destila la ponzoña del amor. De hambre han muerto algunos hacedores de sonetos; de amor, no, me consta.»

Camilo, el suicida, portugués de fuego, como el Simón de su *Amor de perdiçam*, no sabemos que escribiera soneto alguno, ni aun versos apenas; pero murió de ponzoña de amor, sólo que de amor físico. Y no comprendía la «insolencia» de sobrevivir veintiseis años a la amada. Y en cuanto al desahogo de escribir versos—escribir versos no es hacer poesía, sino más—, ya nuestro canciller Pedro López de Ayala, en su «Rimado de Palacio» (estrofa 852 del texto E), decía:

> Quando enojado e flaco me siento
> temo grant espacio por tiempo pasar
> en fazer rrimos, syquier fasta çiento
> pues pasa mi vida asy como viento
> ca tiran de mi enojo e pesar.
> Oy sy non cras, syn más y tardar
> por me consolar, este es mi fundamiento
> e non espender tienpos en vicio e vagar.

Los *rimos* del Canciller, contemporáneo del Petrarca, eran, pues, pasatiempo y a la vez consuelo; pero no eran de amor ni de sobre-amor: eran didácticos y parenáticos, muy a la española.

También el Petrarca era un escolástico y hacía filosofía erótica sobre su amor.

El que uno especule sobre lo que siente no quiere decir, por sí mismo, que sienta menos que otro que se vea incapaz de especular sobre lo que siente. Josiah Royce, en su ensayo sobre «El pesimismo y el pensamiento moderno»—de 1881—, escribía que: «Las escuelas de poesía que expresaron el espíritu de la edad estaban cargadas con algo que resultó fatal a varios talentos realmente prometedores, y este algo era la tendencia a la reflexión. Tener una emoción es una cosa; cantarla es otra muy diferente; pero contarla mientras estáis especulando acerca de su significación filosófica es la más triste de todas las tareas impuestas por los envidiosos dioses. Pero a semejante tarea están condenados más que la mitad de nuestros mejores poetas modernos. No pueden tener la pura emoción, o, si pueden tenerla, no pueden cantarla pura y simplemente. El demonio de la reflexión está susurrando de continuo al oído del cantor: «¿Para qué todo esto? ¿De dónde viene? ¿Qué tiene que hacer con la última naturaleza de las cosas? ¿Qué alcance tiene en la conducta de la vida?» El cantor, a menos de ser uno de los escojidos, vacila y tropieza; o, recobrándose, se refugia en grandes digresiones métricas de naturaleza semi-metafísica. De hecho, a causa de que la revolución misma expresaba tendencias ampliamente especulativas, y a causa de que los problemas del pensamiento jamás han sido tan cono-

cidos o discutidos como lo son en este siglo, el poeta, al esperar su propia edad, se ve forzado a buscar semejante unión del pensamiento con la emoción como jamás se le pidió antes a versificador alguno.»

Pero, ¿podría decirnos Josiah Royce qué es eso de emoción pura, sin elemento reflexivo y especulativo? Acaso en música. Y ¿es que los grandes poetas de pasadas edades no han especulado al cantar? Píndaro suele ser tan gnómico y didáctico como nuestros clásicos castellanos, y a partir de él todos los grandes líricos de las literaturas todas. Ni comprendemos lo que se quiere decir con eso de poeta puro. Tampoco como con aquello de poeta espontáneo. Y en cuanto a éstos, a los poetas espontáneos, suelen resultarnos, como ciertas flores que se supone silvestres, que son cimarronas, esto es, procedentes de semilla de planta cultivada. Ni, pues, poeta puro ni poeta espontáneo entiendo lo que sean en el sentido que a la pureza y a la espontaneidad le dan los incapaces de sentir o imaginar lo que se les dice fuera del abecedario que están hechos a deletrear.

A este respecto, y respondiendo a los que se empeñan en que el conceptismo es frío, confundiendo lo frío con lo seco, debo decir que cuando Rafael leyó, por consejo mío, a Ausias March, el encendido escolástico del amor, me escribió tales cosas, que le dije que se había vuelto metafísico o meterótico, y entonces me remitió la rima 31, y yo, en respuesta a los comentarios con que me la enviaba, le mandé esto:

Con recuerdos de esperanzas
y esperanzas de recuerdos
vamos matando la vida
y dando vida al eterno
descuido que del cuidado
de morir nos olvidemos.
Fué ya otra vez el futuro,
será el pasado de nuevo,
mañana y ayer mejidos
en el hoy se quedan muertos.
Me he despertado soñando,
soñé que estaba despierto;
soñé que el sueño era vida,
soñé que la vida es sueño.
Sentí que estaba pensando,
pensé que sentía, y luego
vi reducirse a cenizas
mis pensamientos de fuego.
Si hay quien no siente la brasa
debajo de estos conceptos,
es que en su vida ha pensado
con su propio sentimiento;
es que en su vida ha sentido
dentro de sí al pensamiento.
Flores da el amor al hombre,
flores entre hojas al viento;
mas también le da diamantes
duros, cortantes y escuetos.
No sólo el vapor calienta;
no llaméis frío a lo seco;

la carne enfría a menudo
y suelen quemar los huesos.

¡No dirán los tontos de corazón, que suelen serlo de cabeza, que este romance no es conceptista...!

He dicho que estas rimas de mi Rafael de Teresa contienen una especie de meterótica o metafísica del amor, que la llamo así para diferenciarla de la erótica o física del amor, habida cuenta de que la física se atiene a la naturaleza.

Y a este respecto debo hacer notar que entre nuestros grandes poetas españoles contemporáneos, Antonio Machado es el que acaso aparezca menos erótico, el que menos veces haya cantado directamente a la mujer, así como Rubén Darío se nos muestra muy del otro modo. Y, sin embargo, se siente, leyéndolos, que por la vida de aquél pasó un gran amor, y no por la de Rubén, a pesar de su «Francisca Sánchez, defiéndeme», en que invoca la maternidad espiritual. Y es que el hombre, hasta cuando no lo parece, es fundamentalmente monógamo. Lope de Vega mismo, erótico y poco o nada meterótico, en un soneto que dedicó a doña Marta de Navares Santoyo, una de sus víctimas, decía que

Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa,
sin dexarme vivir, vive serena
aquella luz que fué mi gloria y pena,
y me haze guerra cuando en paz reposa.

llevando, meterótica y hasta religiosamente, su amor más allá de la tierra.

Verdad es que Rubén, que cantó a Góngora, sorbió el más entrañado jugo del gongorismo. Y ya el maestro y fundador, Góngora mismo, dijo en una letrilla de 1583 esto:

> Manda Amor en su fatiga
> que se sienta i no se diga;
> pero a mí más me contenta
> que se diga y no se sienta.

y frivolidad se llama esta figura.

Como mi Rafael sentía lo que decía, elevó su amor, no ya a metafísica de él, a meterótica, sino a religión. La meditación sobre su amor le llevaba a meditar imaginativa o poéticamente, por de contado, sobre la muerte, que le había arrebatado a su amada, sobre el terrible misterio del tiempo y hasta sobre Dios. ¿Era creyente?

A esta pregunta de si era o no creyente mi Rafael de Teresa tengo que contestar lo que contesté a uno que a la muerte del gran poeta ibérico, portugués, Guerra Junqueiro, mi querido amigo, me preguntaba que, pues le conocí y traté mucho, le dijese si había sido o no creyente. Y le contesté que Guerra Junqueiro había sido creyente y a la vez incrédulo, pero como es ambas cosas un poeta, un creador, de muy distinta manera que un político, un criado, que es también a la par incrédulo y creyente. El poeta

es una y otra cosa estéticamente y el político económicamente. Y, además, ¿qué es creer? Porque si la fe consiste, según nos enseñaron cuando niños en el Catecismo, en creer lo que no vimos, la razón consiste en creer lo que vemos, y una y otra, fe y razón, son creencia.

Dijo Gustavo Adolfo Becquer:

Hoy la he visto; la he visto y me ha mirado:
hoy creo en Dios.

Y ya mucho antes, a fines del siglo XV, el Leriano de la *Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro, el que se murió de amor por Laureola, al exponer las veinte razones por las que los hombres son obligados a las mujeres, decía que: «La quinta razón es porque no menos nos dotan de las virtudes teologales que de las cardinales dichas; y tratando de la primera, que es la fe, aunque algunos en ella dudasen, siendo puestos en pensamiento enamorado, creerían en Dios y alabarían su poder, porque pudo hazer a aquella que de tanta ecelencia y hermosura les parece...»

Algunas de las cartas que me escribió mi Rafael de Teresa contenían comentarios de la doctrina que tengo expuesta en mi obra *El sentimiento trágico de la vida*. En ellas me exponía lo que podríamos llamar su teoría amorosa del conocimiento. En una, después de glosar lo de Shakespeare, de que estamos hechos de la madera de los sueños, me hablaba de Berkeley, y de que no estaba seguro de que existiese ni él mismo, ni Rafael. Y esta su duda de su propia *ex-sistencia*

le torturaba con *in-sistencia*. Y acababa esa carta: «...Podré dudar de mí, de mi propia existencia; pero de lo que no puedo dudar es de ella, de la existencia y de la insistencia, que usted diría, de ella. *La amo, luego ella es;* tal mi epiquerema y mi punto de apoyo. Ella es y yo soy en ella y por ella; ella me crea para que yo la cree y creándola crea en ella, como ella cree en mí.» La rima 92 encarna esta doctrina.

Las últimas rimas nos revelan sus luchas entre la fe y la infelidad, su agonía de amor, su desesperación resignada—o resignación desesperada—con el suave tinte lívido del tísico. En la rima 94 se desdobla, se ve a sí mismo como a otro y se tiene lástima. Es la dulce agonía espiritual, el despojarse del yo terreno.

Entre las rimas que me legó al morirse mi Rafael de Teresa había algunas incompletas y fragmentos de otras. He resuelto no publicarlas ahora aquí. Hay, por ejemplo, una que dice:

El florón de tu recuerdo
por hundírseme en el poso
de la memoria, lo pierdo;
no lo encuentro, y anheloso
de este olvido me remuerdo.

Y aunque le doy a la noria
de mi cuita—¡juego duro!—
no logro de entre la escoria
sacar el diamante puro
del lago de mi memoria.
Y al sentirlo así, perdido
en la memoria, no muerto,
sé que vive y no en olvido,
y espero llegar al puerto.

Y a seguido de estas líneas había escrito: «Don Miguel, no veo el modo de acabar estas quintillas. Perdí la entonación de espíritu en que las había trazado. Además, no puedo ahora quitarme de la cabeza la idea de que las norias sacan agua, limpia o turbia; pero no diamantes de entre escorias, y así no es posible seguir.»

Otra vez que me hablaba en una de esas cartas del número de poemas que abortan antes de dar cima a uno y completarlo, le remití yo uno que había comenzado en el pueblecillo de Becedas, donde he pasado días deliciosos, escrito a orillas de un arroyo, y al que no me ha sido hacedero dar acabamiento. Dice:

A la sombra sentado aquí en un poyo
junto al arroyo,
viendo del caballito del diablo,
como un venablo,
surcar la sombra el lecho de las aguas
donde, piraguas,

los zapateros reman tercamente
contra corriente,
y más allá va acariciando al cauce
lánguido sauce
con la borla de sombra del ramaje,
que es su follaje,
y se cuelan las horas copo a copo,
mientras va el topo
bajo tierra colando su camino,
hilando el lino
frágil y tenebroso de su suerte.
Nunca has de verte
más cerca de la fuente de la vida
donde se olvida
que se vive. Mira cómo en la piedra
prende la yedra
y ampara su verdor a los escombros
y cómo en hombros
de las pobres ruínas se encarama,
cómo derrama
su encanto en derredor. Con mansedumbre
duerme la lumbre
del padre sol y brízale la brisa
y una sonrisa
sobre las aguas es del sol el rayo
que, en su desmayo
dormido, va soñando luces
mientras de bruces
bebe reflejos, tornasoles sorbe,
y todo el orbe,

que se hace como un huevo,
tiñe de nuevo.
¡Oh, ir matando el tiempo como un zángano,
jugando al tángano
con el sentido de las nobles gemas
de los emblemas
en que dejó la tradición su cuño
mientras el puño
de la rutina los bruñía a frote,
más bien a trote...

. . . . . .

Quise llegar, por lo menos, a

ir pescando sombras sin anzuelo

mas no me fué posible. Y allí, en Becedas, se quedó, acaso para siempre, el resto del poema inacabable.

Los que conozcan mi poesía advertirán que la de mi Rafael de Teresa se distingue de ella en no contener ni un solo poema en verso más o menos libre. Todos son o asonantados o los más de ellos aconsonantados. Lo que es otra música. En la «Epístola», en tercetos endecasilábicos, al modo preceptivo, que mi Rafael de Teresa me dirigió, verá el lector algo de su teoría, que es la corriente y tradicional.

No voy aquí a repetir lo que tantas veces, y algunas

tan bien, se ha dicho respecto a la rima generadora, a que el ir arrimando unos consonantes con otros sugiere imágenes y símbolos y a que hay palabras cuyos conceptos riman como rima en las ruinas de los castillos la yedra con la piedra. Pero sí quiero aducir un ejemplo que me proporcionó el mismo Rafael.

En su «Epístola» me escribía:

Lo que los tontos esos llaman serio
—y sería terrible si lo fuera—
es lo que al hombre eterno no le importa,
es a la postre la cosa más huera,
es lo que al ángel las alas recorta
y el ángel, recortadas, ya no canta.
El canto es largo, mas la vida es corta,
y hay que arar en la mar que se levanta
con sus olas al cielo, y con mi lira
aro la mar...

Y en carta me decía: «Mire, don Miguel, después del *importa* escribí al margen del papel *recorta, corta* y otros varios consonantes en *orta,* entre ellos *vilorta.* No tuve que emplear éste, pero la vilorta me sugirió el arado y éste la metáfora de arar la mar con la lira. Por donde se ve que hasta los consonantes virtuales, posibles, pueden sugerir metáforas.»

Las primeras rimas de mi Rafael de Teresa están, sin duda, influídas por las de Becquer, flojo versificador, y están, como las de éste, no más que asonantadas, artificio de que apenas nos servimos ya más que

los españoles. Pero se ve luego que, a medida que adensa su sentido pensamiento poético, acude al consonante.

Se ve bien claro que los versos de estas rimas están pensados y sentidos al hacerlos, que no son prosa previa y versificada luego, como la del Dante.

No necesito repetir aquí lo que ya en otras ocasiones he dejado dicho, y es que muchos no saben leer, o sea oir lo que leen, por hacerlo sólo con los ojos, y que esos tales se han hecho un oído visual, careciendo de vista auditiva.

Mi Rafael conocía las que se llaman nuevas formas de versificación, las ultraístas y otras; pero no las empleó porque me decía que eran para lo que

se diga y no se sienta.

Parecíale, como a mí me parece, que esos supuestos revolucionarios estéticos y literarios del *ultra* no están mal en lo programático, mientras hacen programas; pero al ir a realizarlos no cumplen sus propios propósitos y promesas. Sin que empezca para que se adjudiquen los precursores que se les antoje.

En esas procedencias, además, casi siempre exclusivamente cerebrales, suele haber mucha más retórica que poética. Sabido es que la retórica sirve para vestir y revestir, acaso para disfrazar, el pensamiento y el sentimiento, cuando los hay, y que la poética sirve para desnudarlo. Un poeta es el que desnuda con el lenguaje rítmico su alma. El ritmo, además le

sirve como el bieldo de aventar en la era para apurar su pensamiento, separando, a la brisa del cielo soleado, el grano de la paja.

Cuando supe la muerte de mi Rafael de Teresa pensé haber escrito un canto a ella y a él, *In memoriam*, e incluirlo como cierre de este libro. Pero al ir a intentarlo me dió miedo y me temblaba el pulso. El lápiz me temblaba en la mano y no es este temblor el más a propósito para expresar con la adecuada pureza nuestra pena, que, por honda que sea, así no lo parece.

Un esteticista, creo que Vischer, comentando la sentencia horaciana de: *si vis me flere, dolendum est tibi primum*, «si quieres hacerme llorar, es menester que te haya dolido antes», decía que la mayor fuerza del precepto estriba en el *primum*, en el «antes», ya que no es la mano del calenturiento la más hecha para describir la fiebre. Y así resulta a menudo que llorando se hace reir, y que todo gran dolor, mientras dura, es inexpresable.

He de renunciar, pues, lector, a expresarte mi íntimo, mi entrañado pesar por la muerte de mi Rafael de Teresa, un dolor en las últimas raicillas de mi alma, un dolor que es parte del dolor de mi pensamiento dolorido por el agorero misterio del tiempo que pasa y no queda. Mi Rafael ha tenido que morir para poder inmortalizarse tal vez; pero la inmortalidad es más terrible aún que la muerte.

No, no quiero, no puedo cantar yo esa muerte. Pero a los pocos días de saberla me brotó de su noticia este soneto:

Sentado en la ribera de la vida
miro pasar fantasmas por el río,
mientras el sol me manda el beso frío
de su rayo muriente en despedida.
Arrastran sobre el agua estremecida
sus sombras, cual raíces en desvío;
en el agua se ahoga el albedrío
y en el agua el morir se nos olvida.
Allende el río, en la encrespada cresta
de la lejana sierra, hecha una fragua,
el sol, para morir, lento se acuesta,
cunado en una nube—una piragua—;
vivo la poca vida que me resta
y mi ribera corre junto al agua.

Y es que la muerte de mi Rafael fué para mí como un agüero fatídico. Revolvió en el poso de mi alma el légamo de todas sus amarguras. Y no, no me fué posible cantar su muerte; no me fué posible brizarle con mi canto su sueño eterno.

Y además, ¿sé yo si este mi Rafael de Teresa está bien muerto? ¿Sé lo que es morir? Nadie lo sabe, porque nadie que vive se ha muerto. En cambio, muchos a quien creemos muertos siguen viviendo.

RIMAS

El orden de estas rimas es, según las indicaciones que recibí de su autor, el de su composición en eltiempo, un orden cronológico. Sólo alterado para la «Epístola», que por su índole figura, como epílogo, al final.

1

Yo, sin saber por dónde,
junto a la reja estaba
y al oído te hablaba
de nuestro eterno amor;
y tú, toda confusa,
envuelta en tu recato
ibas matando el rato
mirando en derredor.
Eran largos los días,
eran cortas las noches,
dolidos mis reproches,
¡y tú fuera de mí!...
Sentí hundírseme el lecho
del corazón, por frío,
y al probar su vacío
de los hierros me así.

Y me viste acabado,
como un agonizante,
suplicarte, anhelante,
una gota de fe.
Y me acosté a la muerte
en qué sueño, Teresa;
si duermo en cama o huesa
ya, Teresa, no sé.
Y de tus labios blancos
voló triste sonrisa
que se llevó la brisa
de aquel día mortal.
¿Después? Después he visto
que también tú morías,
que eran dos agonías
que unió sino fatal.
Ya, Teresa, me espera
para la eterna cita,
hecho tierra bendita,
tu pobre corazón.
¡Qué pesadilla triste!
Nacer... querernos... luego
del Purgatorio el fuego
y muerte a des-sazón.

2

Te pedí un vaso de agua, y al dármelo
te temblaban de fiebre las manos,
y probaste dos gotas primero
mojando tus labios
Si fué filtro de amor o veneno
yo no sé, mi Teresa... ¡El verano
se nos fué como un sueño del alba
lijero y volando!
Y al llegar en otoño los días
y las noches febriles del año,
con las hojas... Tu tierra las lluvias
están abrevando.

3

Contaba los instantes por el ritmo
de tu pecho anheloso al palpitar,
y mis ojos buscaban en tus ojos
el misterio de aquella sed de amar.
Sed de vivir, Teresa... Vi en tus manos
aquel gesto de angustia de agarrar
el blanco lino que envolvía dulce
los ensueños floridos de tu edad.
Hoy una tierra blanda, verde y rubia,
donde se oye la canción del mar,
abriga tus recuerdos, mis recuerdos,
¡y la canción me llama a recordar!...

4

«Cuando tú seas mía...»—te dije,
y llevándote al pecho las manos
te sentaste... «¿Qué es eso, Teresa?»
«¡No es nada... el desmayo!»
«Cuando tú seas mío...»—añadiste,
y mirabas al suelo... tan blanco...
y callaste, en el aire... tan puro...
la vida buscando.
Y yo oía las alas ya rotas
de tus pobres palabras volando,
con qué triste susurro doliente
rozaban tus labios.

5

Yo te di la noticia y mirándome:
«Padre nuestro, que estás en los cielos...»
empezaste; en tus ojos dos lágrimas
al sol se encendieron.
«Venga a nos el tu reino...»—decías,
y mirabas al blanco sendero
que a la tierra nos lleva, que hoy guarda,
Teresa, tu cuerpo.
Madre nuestra, que estás en la tierra,
y que tienes mi paz en tu reino,
¡ábreme ya tus brazos y acoje
mi vida en tu seno!

6

Cuando te dió la tos, con el pañuelo
te tapaste la boca;
y yo leí en tus ojos, en mi cielo,
toda tu angustia loca.
Me ocultaste las rosas de tu pecho,
flor de tu sangre pura;
aquella noche regué yo mi lecho
con sales de amargura.
De mi sangre, Teresa, borbotones
tras de la tuya fluyen;
una la vida y dos los corazones,
los dos a una concluyen.
Es tu angustioso aliento el que me lleva
tras de ti, mi Teresa... ¡Voy allá!
¡me falta el aire... primavera nueva
al lado tuyo me florecerá!

7

¿Por qué esos lirios que los hielos matan?
¿Por qué esas rosas a que agosta el sol?
¿Por qué esos pajarillos que sin vuelo
se mueren en plumón?
¿Por qué derrocha el cielo tantas vidas
que no son de otras nuevas eslabón?
¿Por qué fué dique de tu sangre pura
tu pobre corazón?
¿Por qué no se mezclaron nuestras sangres
del amor en la santa comunión?
¿Por qué tú y yo, Teresa de mi alma,
no dimos granazón?
¿Por qué, Teresa, y para qué nacimos?
¿Por qué y para qué fuímos los dos?
¿Por qué y para qué es todo nada?
¿Por qué nos hizo Dios?

8

Te recitaba, Becquer... Golondrinas
refrescaban tus sienes al volar;
las mismas que, piadosas, hoy, Teresa,
sobre tu tierra vuelan sin cesar.
Las mismas que al Señor, de la corona
espinas le quitaron al azar,
las mismas que me arrancan las espinas
del corazón, que se me va a parar.
Golondrinas que vienen de tu campo
trayéndome recuerdos al pasar,
y cuya sombra acarició la hierba
bajo que has ido al fin a descansar.

9

A la puesta del sol la cruz de leño
que tu frente corona,
sobre la hierba de tu campo santo
va alargando su sombra.
Es el reló del Sol de la otra vida,
el que nos marca la hora
de la oración eterna, mi Teresa,
y de la eterna boda.
Y entonces al poniente el cielo se hace
todo como una rosa,
la rosa de tu sangre, tu martirio
de vida misteriosa.

10

¡No te he llorado, no! En vez de lágrimas,
es rocío de sangre
roja y espesa que en ofrenda traigo
sobre la tierra madre.
He puesto aquí, sobre tu hierba verde,
aquel pañuelo, ¿sabes?
que guarda ajados copos de tu pecho,
pétalos de tu carne.
Junto a ellos los míos, también tuyos,
tuyos también, mi ángel,
mezclándose las rosas deshojadas
de nuestras pobres carnes.
Y sobre las reliquias del martirio,
que aún de tu fiebre saben,
con mis besos febriles voy dejando
las del mío cobarde.
Cobarde, sí, pues que mi pecho aún siente
ardiente sed del aire,
en vez de hambre de tierra, de tu tierra,
donde mi muerte acabe.
He puesto aquí, sobre tu hierba verde,
aquel pañuelo, ¿sabes?
en que han dejado nuestras blancas bocas
con sus besos, su sangre,

11

Era de noche; las estrellas, ojos
del Padre nuestro lacrimosos, claras,
a nuestra Madre, que en la noche envuelta
dormía sus dolores, contemplaban.
Yo, respirando el fresco de la noche
y el de nuestros recuerdos, ¡ay, mi amada!,
junto a la hierba de tu santo campo
por un mundo sin bordes divagaba.
De pronto me cortó el leve respiro
una humilde estrellita que brillaba
en la cruz de madera que corona
la frente que fué espejo de tu alma.
Doblé este cuerpo que se dobla a tierra
y de mi mano recogí en la palma
un gusano de luz... ¿Cayó del cielo
o brotó para mí de tus entrañas?
¿Quién encendió aquel pálido lucero,
perdido allí, en aquella tierra santa,
que al verdor tierno de la hierba corta
de tu manto de novia recamaba?
¿Era una perla viva de la muerte,
una señal de próxima alborada;
era una verde chispa de tus ojos;
era, Teresa mía, una llamada?

¡Qué cosas dicen!... Que el amor enciende
en la pobre luciérnaga esa brasa
lánguida y mortecina que de noche
sobre la tierra entre la hierba arrastra.
Mas, ¿qué saben de amor, Teresa mía,
los que de ti, mi amor, no saben nada,
y que es tu tierra la que a Sirio fúlgido
y al gusano de luz lívido hermana?
Era de noche; las estrellas, ojos
del Padre nuestro lacrimosos claras,
a nuestra Madre, que en la noche envuelta
dormía sus dolores, contemplaban.
Y tú, desde debajo de la hierba,
con la luz del gusano recatada,
me decías callando: «Rafael mío,
¿no te decía yo que hay Dios? ¡Aguarda!»

12

Todos los de mi sangre, de mi raza,
duermen en tierra;
los más desde hace siglos;
en tierra mi Teresa...
¡Dios mío, qué solos estamos los vivos!
Dejé al nacer el mundo sin linderos
de mi solera,
y vine aquí al olvido
de nuestra madre Tierra...
¡Dios mío, qué solos estamos los vivos!
Sumióse en tierra el mar de que yo arroyo
broté a la pena;
y en tierra están sumidos
tus ojos, mi Teresa...
¡Dios mío, qué solos estamos los vivos!

13

Un hakai para Becquer: Gustavo Adolfo Becquer, acordeón tocado por un ángel.
Eugenio d'Ors. «El nuevo glosario».

Me muero de un mal cursi, Becquer mío;
se me agota el pulmón,
y me cuna la muerte tu ángel cursi
con su acordeón.
Aquel acordeón que a mi Teresa
sostuvo el corazón;
aquel acordeón de aire, marino
y de pura emoción.
De una emoción tan cursi y tan pasada
de moda—¡y con razón!—
que mezcló nuestras lágrimas inútiles.
¡perdón, por Dios, perdón!
Y es que ella no sentía la pianola
mecánica, ni al son
del disco del fonógrafo podía
adormir su pasión.
¿Oyes, Teresa, en estas noches claras
angélico acordeón
mientras los sapos van de caza y cantan:
clinclón, clinclón, clinclón?...

14

¡Ave, María! El sol se acuesta en tierra...
¡Ave, María!
El verdor de su hierba está ya en sombra...
¡Ave, María!
Por mí y por ella, por nosotros, ruega,
Santa María
ahora y en la hora en que nos juntes,
¡Santa María!
Con tus manos de rosa, celestiales,
¡Ave, María!
en un puñado amasa nuestras tierras,
¡Ave, María!
un pan de amor para la eterna vida...
¡Ave, María!
Sobre su blanco pecho, hoy tierra santa,
¡Ave, María!
cuentas de su rosario están rezando
avemarías...
¡Ave, María!

15

Si tú y yo, Teresa mía, nunca
nos hubiéramos visto,
nos hubiéramos muerto sin saberlo:
no habríamos vivido.
Tú sabes que moriste, vida mía,
pero tienes sentido
de que vives en mí, y viva aguardas
que a ti torne yo vivo.
Por el amor supimos de la muerte;
por el amor supimos
que se muere; sabemos que se vive
cuando llega el morirnos.
Vivir es solamente, vida mía,
saber que se ha vivido,
es morirse a sabiendas dando gracias
a Dios de haber nacido.

16

Las dos conchas de nácar que bebían
para ti mis palabras,
la luz del sol trasparentaban dulce,
una luz escarlata.
Y tú oías al sol mientras me oías;
la vida te cantaba;
y la sangre en el cauce de las conchas
te decía esperanzas.
Recuerdos en la sombra ahora te dicen,
Teresa de mi alma,
como flores que se han vuelto mantillo
de la tierra callada.

17

¿Recuerdas? Te mondaba una manzana
y me corté en el dedo
del corazón; y tú, viendo la grana,
sentiste al pronto miedo;
mas, repuesta y riendo, me cojiste
de la mano, y ansiosa
de aquel hilo de sangre me bebiste,
y al punto se hizo rosa
tu frente; nubló luego tus pupilas
una nube, y dos perlas
en ellas te brotaron, y tranquilas
resbalaron, y al verlas
sentí fuego en la sangre y luego hielo
y el Angel de la Muerte
entre los dos. Nos nacía en el cielo
la estrella de la suerte.
Nos nacía en el cielo en agonía
una estrella rubí,
y es cuando te sentí, Teresa mía,
más cerca de mí.

18

Con tus dedos marfileños ágilmente
los bolillos revolvías;
los bolillos que traían a mi mente,
entre negras fantasías,
a los dedos descarnados de la Intrusa,
de la Muerte que el encaje
va tejiendo de la Vida, de la Musa
que a la Historia da lenguaje.
«¿Quieres luego que aquí ponga—me dijiste—
nuestros nombres enlazados?»
y dejaron tus palabras dejo triste
en tus labios agrietados.
Hoy de noche el cielo negro me parece
por encima de tu huesa,
vivo encaje en que divina resplandece
para siempre nuestra empresa.

19

«Sí, sí sí, sí...» Era el susurro dulce
de agua que va a la mar,
el canto del arroyo al sol tendido,
letanía de amar...
«Sí, sí, sí sí...» Y de tus labios blancos
en penoso acezar,
se iba diciendo «sí» tu vida entera
y mi dicha a la par...
«Sí, sí, sí, sí...» Sobre la hierba verde
que me sirve de altar,
canta la lluvia en el otoño rojo
y tú la oyes cantar...

20

Con tus dedos ahuesados
me persignaste en la frente
para ahuyentarme cuidados
que me nublaban la frente.
Hoy cuando la frente inclino
sobre tu tierra, Teresa,
siento la cruz del destino
cómo me llama a tu huesa.
La cruz que tú me grabaste
en aquel día encubierto
en que por triste contraste
a la verdad nací muerto.
Cuando lo que hoy es pasado
vi con la luz del futuro,
cuando el deseo acabado
mi amor al fin se hizo puro.
Y al pie de la cruz estaba
la Virgen de los Dolores,
que entre sus brazos cunaba
a su Hijo, el Amor en flores.
Virgen, Amor, Muerte y Vida,
todo formaba una rosa,
formó la rosa florida
que sobre aquella cruz posa.

21

Cuento los días que pasan
y en contarlos voy pasando;
pasado y futuro casan
en mi ansia y forman un bando.
Una clepsidra es mi pecho,
por donde la sangre fluye;
sólo perdido en el lecho
un punto el ansia concluye.
Quiero vivir; no consigo
vivir de cara a la muerte;
quiero morir y es castigo
que sea vivir mi suerte.
En mí el pasado al futuro
junta un eslabón de fiebre;
sólo me veré seguro
cuando el eslabón se quiebre.
Tú eres el ayer, Teresa;
Tú eres, Teresa, el mañana;
siento ganas de tu huesa,
pero vivo de desgana.
Sueño despertar un día,
y sueño que estoy dormido;
y es mi vida la agonía
de recordar el olvido.

Sueño algún día dormirme
y sueño que estoy bien cuerdo,
y tiemblo de que al morirme
me he de olvidar del recuerdo.
Eres, tormento adorado,
mi vela y sueño a la par,
¿quieres hacerme a tu lado
rinconcito a descansar?

22

Como el último vuelo de un pájaro herido
que vuelve a su nido
cantaba,
y su hilito de voz por el aire sereno
de dulzores lleno
surcaba.
Era bajo, bajito y a ras de la tierra
lo que ahora encierra
mi vida;
era un canto de tumba y un canto de cuna
donde la fortuna
se olvida.
Ahora vuelve ese canto traído en la brisa
como una sonrisa
del cielo,
y rozando su tierra, tañendo su hierba,
me trae de conserva
mi anhelo.

23

Eran tus ojos en aquellas tardes
dos alondras cobardes;
eran como al volver de arar la vunta,
y mirándome ¡cómo los abrías!
eran una pregunta
por ver si en mí tu sino al fin leías.
Me acuerdo cuando vimos la pareja
de novios, y a la reja
te asiste cual cautivo a su grillete;
pasaban sus saludes ostentando,
erguidos, de bracete,
y los ojos se te iban agrandando.
«Hace un mes se casaron»—me dijiste
con tu tono más triste
y se ensanchó el negror de tus pupilas;
seguías a lo largo del paseo
sus pasos, y las filas
de acacias abrevaban tu deseo.
Y cuando se perdieron en la vuelta,
que da a la mar revuelta,
—aquel día se oían sus quejidos—
volviste a mí con tu mirada ansiosa
los ojos abatidos,

por si yo te decía alguna cosa.
Repetiste: «Hace un mes que se casaron...»
tus palabras chocaron
en el silencio que nos envolvía,
rozó tu aliento mi rendida frente
y ya sin agonía,
sentí lo que es morirse de repente.
«Ella tiene mis años... ¡No, los de ella...»
y miraste a la estrella
de la tarde y del alba, tu misterio
buscando que te abriese, y ella, avara...
Hoy en el cementerio
ves a su luz tu vida entera y clara.
«¡Ay, mi madre!»—añadiste en un suspiro,
que sonó como un tiro
en el silencio que a tristor hostiga,
y en tu duelo de amor, Teresa, absorta,
te hundía la fatiga
de una larga esperanza en vida corta.
«¡A Dios!»—te dije entonces; tú: «¡A El!»
por decir: «Rafael»
—era tu modo—. Te besé en los dedos
de la mano crispada, y a la reja
dejamos luego, quedos,
sola con mi silencio y con tu queja.

Al cautivarnos el Amor ¿sabía
la suerte de su empresa?
¿O fué la Muerte la que unió primero
con sus manos las nuestras?
Al vernos por primera vez...—¿nos vimos
una vez la primera?—
al volver a encontrarnos en la vida
¿no nos unió la tierra?
Tú leíste en mis ojos el sentido
de tu breve carrera
por el siglo; leí en tu mirada
de mi vida la meta.
Romeros de una misma romería
en angosta vereda,
cojidos de las manos nos miramos
volando a ras de tierra.
Y nos llevó el Amor con su señuelo...
tú te has hecho ya eterna;
pronto me harás eterno al lado tuyo,
mi muerte, mi Teresa.

25

«Los amantes de Teruel,
tonta ella y tonto él.»
Es lo que dicen los tontos
cuando han perdido la fe
en su tontería misma,
y lo dicen sin saber
que toda la ciencia humana
está estudiando el papel
de esas parejas de tontos
de Verona o de Teruel.
«¡Románticos desvaríos!
¿morir de amor? ¿quién lo cree?»
Acaso ellos no nacieron
del amor, y claro es
que no comprenden la muerte
por amor, ni mal ni bien.
«Los amantes de Teruel,
tonta ella y tonto él»;
pero más tontos los tontos
que no saben su papel.

26

Una noche serena de otoño
vi a la lívida luz de la luna
de nuestro árbol temblar en la copa
una hoja ya última.
Y al llegar la mañana siguiente,
tembloroso y con mano confusa
arrancaba otra hoja con fecha
de tu sepultura.
Y al oir cómo gimen al viento
de la noche las hojas desnudas,
primavera en el fondo del alma
me canta verdura.
Porque el cielo a que cubre la hierba
que te abriga, Teresa, en tu cuna,
es un cielo que siempe está verde,
de eterna verdura.
Es un cielo cuajado de flores,
siempre flores que nunca dan fruta,
es un cielo de amor siempre virgen,
que jamás se muda.
Amarillo el recuerdo, la muerte,
amarillo todo lo que se usa,
pero es verde la eterna esperanza,
la esperanza pura.

27

Eran dos medallones tallados en la piedra;
medio ocultos estaban por un manto de yedra.
Ella y él enlazados por guirnalda de rosas
que, como una balanza, partía de las fosas
de los ojos vacíos de calavera pura
que la yedra vestía con su pía verdura.
Era la hechura dura; la piedra era granito;
el dintel de una puerta perdida al infinito.
Ella y él cara a cara se miraban gastados
por el sol y las lluvias de los siglos pasados.
Habían hecho nido sobre la calavera
un par de golondrinas en cada primavera
y protegió a aquel nido de más de una borrasca
la yedra compasiva con su espesa hojarasca.
La puerta no se abría ni se cerraba nunca;
era lo que quedaba de una morada trunca;
era muda testigo de una olvidada historia,
ojo de la ruina, rebojo de la gloria.
Miramos pensativos a la puerta sin casa,
miramos a la tierra, por la que todo pasa.
«Así es la vida...—dije; «Tan así... Rafael.»
—respondiste mirando al señero dintel.

28

Mi corazón latía contra el hierro
de la implacable reja;
callábamos los dos y nos mirábamos
a nuestras manos quietas.
Por matar el silencio peligroso,
manadero de pena,
rompiste a susurrar palabras rotas
que no eran de tu lengua.
Era como la niña que en el bosque
sola y de noche yerra,
y el pánico conjura con su canto
mientras el alba llega.
Y es que estábamos solos y perdidos,
otros Adán y Eva;
nos teníamos miedo; la serpiente
allí era la reja.
Nos dicen que la muerte vino al mundo
por la caída aquella
del Paraíso; ¿en qué, Teresa mía,
pensamos; tú te acuerdas?

29

×

«Cuando me enseñaban—me decías—
la tabla de multiplicar,
era el siete lo difícil, ¿sabes?
el siete no sé cantar...
Siete por tres, por ejemplo, dime,
¿cuántos nos salen al contar?»
«Deja esas cosas—te dije—; mira,
con números no hay que jugar...
Es un juego que da malos ratos...
a qué aprender a contar?»
«Como eso otro del reló—añadiste—
ese nueve acostado, ¡ah!,
no lo puedo mirar... me parece
una cruz cayendo a la mar...
La gramática ya era otra cosa,...
lo de infinitivo: ¡amar!
Y por qué es eso de infinitivo?
y participio y... qué más?
Y *yo amara, amaría o amase*
y lo otro de: *habría de amar*
y gerundio... ¿no es un fraile acaso?
¡qué cosas me han hecho estudiar!»

Y ahora cuentas los años, las horas,
como se vienen y se van,
y conjugas el verbo divino
en el silencio... que es ¡soñar!

30

Al despedirnos me dijiste: «Dame
ya el último... no el último... el primero...»;
nos le dimos y luego la agonía
de los tres días negros.
Siempre es el último el primero; acaso
es el primero el último; muriendo
en cada beso nuestro amor vivía,
nacía en cada beso.
Siempre es el último el primero, ¿sabes?
pues querer es nacer, es nacimiento;
para el amor, mi vida, no hay pasado
porque es siempre un estreno.
Todo era nuevo bajo el sol, Teresa
para nosotros cada día, y nuevo
cada día el amor que nos quitaba
la tortura del tiempo.
El primero es el último... La Muerte
suyos nos hizo con aquel primero,
que ni Muerte ni Amor son temporales;
cosas son de lo eterno.

31

Me dice, don Miguel, que metafísico
me ha hecho el amor en agonía lenta...
«Metafísico estáis...» Es que me ahogo
de no estar junto a ella.
Es que me está matando calentura
de no ser una tierra con su tierra,
olvido con su olvido y un recuerdo
que su recuerdo encierra.
Que estoy viviendo el tiempo y que se vive
no se comprende el tiempo, luego agrega;
yo no comprendo nada, me comprende
sólo ella, mi Teresa.
Yo no sé de entender ni de esos moldes
de que me habla usted; todo es ciencia;
la ciencia es para el médico; la vida
me es vivir de la pena.
Todo el saber de amor que se desate
cual un río que baja de la sierra
de estas mis rimas se lo debo sólo
a ella, sólo a ella.

82

Hasta que se me fué no he descubierto
todo lo que la quise;
yo creía quererla; no sabía
lo que es de amor morirse.
Era como algo mío entonces, era
costumbre... que se dice...
pero hoy soy suyo yo, soy de la muerte
a quien nadie resiste.
Al irse nació en mí... ¡no! que en torturas
en ella nací al írseme;
lo que creí yo sueño era la vela;
he nacido al morirme.
Por fin ya sé quién soy... no lo sabía...
¿lo sé? ¿quién sabe en este mundo triste?
¿hay quien sepa lo que es saber y entienda
lo que la nada dice?
Mi madre nació en mí en aquel día
que se me fué Teresa... Madre, dime
de dónde vine, a dónde voy perdido,
por qué al amor me diste

33

Llevabas con tu mano a tu hermanita
de la mano, las letras
sobre el papel arando, y preguntaba:
«¿Qué dice aquí, Teresa?»
«Te quiero mucho dice, mucho... mucho...
ven, pues como no vengas
me muero... «Ay, me muero, ¡qué bonito!
Y cuando yo me muera
porque no viene ¡qué susto tan grande
se va a llevar, Teresa!,
Y yo me reiré mucho del susto...
¡ya verás qué comedia!»
Y tú: «Los muertos no se ríen, hija,
sino callan y esperan...»
«¡Uy, qué triste! Pues no quiero morirme...
no pongas eso... deja...»
Tu hermanita, Teresa, no sabía
qué es lo que nos espera...
¿Lo sabes tú? ¿Lo sabes ya en la tumba?
¿Es que de mí te acuerdas?

34

«Déjame de pensar; el pensamiento
es cosa de los hombres; las mujeres
harto tenemos con cumplir deberes
y nuestras pobres quejas dar al viento...
Y deshacer los grandes disparates
que se os ocurren por pensar sin tino,
porque no veis las piedras del camino
ciegos como lleváis vuestros debates.
Pensar no, Rafael, ver con las manos,
que como dices tú tienen diez ojos;
yo he de escardar de tu sendero abrojos
con estos ojos, estos diez hermanos.
Y con los otros dos, los de la cara,
deletrear mi oficio en esa tuya,
y cuando al cabo la misión concluya
ir a la tierra que el Señor ampara.
No, yo no pienso cuando quedo sola;
me quedo en ti y así como dormida,
yo no sé si es aquello muerte o vida,
debe de ser el sueño de una ola...
Tampoco pienses tú, porque pensando
se achica el corazón; mándame y vive,
pero con ley de la que no se escribe,
ley de cariño que reviste mando.»

Callaste, y yo pensaba ¿cómo no?
El querer era en mí pensar... en ti
pensar era querer... igual... y así
en pensar y querer se nos pasó...

35

Yo callé y tú exclamaste: «¡Qué bruto
el hombre se pone que cede a los celos!»
Avanzaba una nube de luto
que en un breve instante nos tapó los cielos.
Y del trueno estalló una centella,
sangre en llama viva, en que ardió la nube;
me dió miedo de mí tu querella;
nunca tanto miedo en mi vida tuve.
Desatóse luego el cielo en agua;
tú a llorar rompiste viéndome perdido,
y apagóse luego en tu llanto la fragua
que Luzbel maldito me había encendido.

36

«Tú has llorado»—te dije; y respondiste:
«Es que me acabo de lavar los ojos...»
«Sí, por haber llorado...»
«¿Qué quieres, Rafael? Estaba triste...
¿Motivos? Qué sé yo... necios antojos
de niña a que han mimado...»
«¿Antojos? ¿Sabes lo que significa?»
«Sí que lo sé y siento este cariño
tan loco que nos ata...
¿cómo te lo diré? como una chica
que se perdió siente en su seno al niño
que le da vida y mata...»
«Llorabas, pues...» «A nuestro amor que espera
cada día nacer...» «Pues no te entiendo...»
«Me parece hablar claro...»
«Dices *espera*...» «Sí, la verdadera
vida de amor es esperar sufriendo..
verle nacer... ¡tan raro!»
«Cuando, Teresa, a cavilar te pones,
qué cosas, Santo Dios, tan sorprendentes
te llegan en racimos...»
«No es cavilar; es que los corazones
nos dicen otras cosas diferentes
de aquellas que decimos.

Es que unas cosas nos dice la lengua,
los ojos otras y hay las que se ocultan...
otras dicen las manos;
y cuanto más el pensamiento mengua
dice más el amor... ¡cómo resultan
nuestros recursos vanos!»
«Es que al Amor le representan ciego,
ya que no hay modo de pintarlo sordo;
por sordo se confunde
y si palabras de razón su fuego
no abrigan, se alza tal incendio a bordo
que la nave se hunde...»
«Mira, Rafael, todos los disparates
que se pueden soñar, sueña una loca
de amor no satisfecho
y predicarle, como no la mates
para hacerla de nuevo, es a una roca,
que rebota en su pecho.»
«No satisfecha tú de amor? Qué quieres?»
«Lo sé yo acaso? Porque todo es poco
para mi sed de amarte;
si con el sol de tu pasión me hieres,
se me hace niebla el agua si la toco
y el alma se me parte...»
«Es que amor es más fuerte que la vida...»
«Es que es muerte la vida enamorada;
es un recuerdo eterno...
Dormida en el querer el alma olvida
lo que quiere, y dormida se hace nada;
es cielo en el infierno...»

Te callaste y pensé, Teresa mía,
que mejor no hablaría tu patrona
que junto a sí te sienta;
doctora también tú en teología;
la yerba que te sirve de corona
mis ojos alimenta.

37

Tú sí que me conocías
tal como nací a ser,
cuando «iniño!» me decías
me sentía yo nacer.
Ni mi madre me miraba
con tan honda compasión;
tu mirar me taladraba
parte a parte el corazón,
dejándomelo desnudo,
desnudo como nací,
y ese mirar era escudo,
para guardarme de mí.
Tus ojos, dulces tiranos,
que a la tarea se dan,
tus ojos, dos negras manos,
me amasaron como pan.
Tú me libraste del otro
que ya no va a donde voy,
tú del amor en el potro
me hiciste ser el que soy.
Eres mi madre, Teresa,
por toda la eternidad;
cuando me miro en tu huesa
toco toda mi verdad.

38

Cada vez que tu nombre pronuncio, Teresa,
viviendo deshecho,
me parece que el cielo la boca me besa;
renace mi pecho;
En mi alma, Teresa, tu nombre es la vida...
lo digo en rosario...
guardo en él, mi Teresa, lo que se me olvida
como en relicario.
Es, Teresa, tu nombre misterio y martirio,
martirio y misterio;
tu nombre, mi Teresa, me es rosa y me es lirio,
ponzoña y cauterio.
Te rezo, Teresa, te rezo en letanía
gustando tu nombre,
que tan sólo así comprendo, Teresa mía,
lo que es nacer hombre.
Teresa, Teresa... Cada vez que lo digo
me suena de nuevo...
del amor que nos salva tu nombre es testigo,
el solo que llevo.
Teresa, Teresa, Teresa, si me escuchas
como creo, dime,
el pobre corazón de estas oscuras luchas
¿cuándo se redime?

39

Me pongo a *ateresar* los universos
por si logro sacarles el sentido
que encierran y encerrándolo en mis versos
dejarlo para siempre florecido.
Universos sin fin sueña mi mente,
cada instante uno nuevo, en cada punto
otro universo hermano y diferente
que por lejos que esté me está aquí junto.
Pero el sentido es uno: mi Teresa,
que es la razón de ser de cada cosa,
la cuna del amor está en su huesa
y en el amor la espera dolorosa.
Al hacerse pasión mi pensamiento
se me hizo activo en fuerza de pasión;
me crea todo el *ateresamiento,*
hase hecho mi razón la Creación.

40

Reventó el Sol como una peonía
en la lejana sierra,
mis lágrimas sobre tu yerba verde
brillaron como perlas.
Brillaron como perlas de rocío
de tu manto de yerba,
sorbióselas el aire y a los cielos
se fueron como ofrenda.
Bañé con el rocío de mis lágrimas
el vestido, Teresa,
de tierra que reviste y que recubre
a tu cuerpo de tierra.
Y el sol que hizo tus ojos, muerte mía,
con su mano lijera
de brisas enjugó mis pobres lágrimas
de tu manto de yerba.
Y la sombra nació sobre tu frente,
como pálida niebla,
y ví otra vez tus lánguidas pestañas,
los arcos de tus cejas.
Ví en tus ojos mis lágrimas de fuego,
ví llorar a la tierra,
y me sentí morir al dulce abrigo
de tu manto de yerba.

41

Pasé junto a la reja de tu prima
que estaba con el novio,
y ni pasar me vieron. Me dió grima
y luego el triste agobio
de nuestra soledad. El que la cosa
no hubiese sido adrede
me la hizo más punzante y más odiosa;
todavía no puede
conformarse mi pecho. Y me decía,
siguiendo mi camino:
«¿estarán ciegos?» y el que no veía
sólo era yo... Es mi sino...
Perdóname, Teresa, que haga alarde
al mundo de mi duelo,
y que me pida el corazón cobarde
los ritos del consuelo...

42

Esa charca en que te viste la última
vez que salimos al campo,
está ya seca, seco y sin yerba
está su lecho agrietado.
Se ha sorbido la tierra tu espejo;
se ha sorbido tu retrato:
seca y agrietada mi memoria,
voy como anonadado.
No me acuerdo de ti porque llevo
tu tesoro tan guardado
que le tengo perdido en el fondo
de mi pecho lacerado.
Te llevaste con mis aguas vivas
mi memoria; el relicario;
y de mi corazón con las telas
te llevaste tu retrato.
O ¿es esto el reflujo de las olas
de mi mar alborotado
que me dejan seco en la playa
cual si fuera un campo santo?
Se me ha secado la imagen viva,
mi Teresa, de tu encanto,
pero escalda su sol las entrañas
de mi pecho lastimado.

43

Sobre tu pelo en que el sol se bañaba
íbanse a solear en blancos copos
las aladas semillas de los chopos
bajo el desnudo cielo azul nevaba.
Nevaba al borde allí de la chopera;
en el azul latía la verdura
de las hojas, latía la blancura
de las semillas en tu cabellera.
Y yo soñaba en la serena cumbre
de una montaña de escalar el cielo,
donde paren las nieves el consuelo
de un Jordán que nos quite pesadumbre.
Sobre tu yerba llevan hoy las brisas
el amor de los chopos en mechones;
esparce Primavera granazones,
nieves de flor que son como sonrisas.
Y de la cruz que tu tierra corona
brota invisible un Jordán de pureza;
sus aguas corren sobre mi cabeza
y por tu corazón Dios me perdona.

44

«Mira—me dijo, el dedo al encendido
poniente, todo hecho sangrientas flores—
esos son los volantes del vestido
de Nuestra Señora de los Dolores.»
«La de las siete espadas?» «Sí, la misma,
la nuestra, la que es sólo madre tierna;
la que ha puesto su sello en nuestra crisma;
la que ha hecho del dolor la dicha eterna...»
«Pero el dolor es el infierno y crece...»
«No, no lo creas, que al dolor el malo
es insensible y todo el que padece
o es bueno o no padece y es de palo...»
«Si el confesor te sabe esas doctrinas...»
«No, doctrinas no son ni las confieso...»
«Pues qué confiesas?» «Qué sé yo... pamplinas...
que sin querer nos dimos aquel beso...»
«Pero no tienes libro de conciencia...?»
«Qué, conciencia de libro? Mira, niño,
con eso a otras; ¿sabes? que mi ciencia
se reduce a estudiar en tu cariño.»
«Pero si faltas a algún mandamiento...»
«Mientras te quiera no me da cuidado...
Yo sé lo que me digo y lo que siento,
en querer bien a un hombre no hay pecado...
Pero quererle de verdad, ¿me entiendes?
con un querer que es sufrimiento puro...»

«Y si queriendo así, a Dios le ofendes
sin saberlo?» «Imposible, me figuro...
Y cuando sueño en ti. y eso es mi vida,
no consigo dormir... un infinito
dolor me deja toda dolorida...
porque vas a quedarte tan solito...!»
Te callaste y sentí una montaña
de tierra encima de mi corazón;
hoy la cruz que te sirve de espadaña
a aquellas tus palabras da sazón.

45

Hay ojos que miran—hay ojos que sueñan,
hay ojos que llaman—hay ojos que esperan.
hay ojos que ríen—risa placentera,
hay ojos que lloran—con llanto de pena
unos hacia dentro—otros hacia fuera.
Son como las flores—que cría la tierra.
Mas tus ojos verdes—mi eterna Teresa,
los que están haciendo—tu manto de yerba,
me miran, me sueñan,—me llaman, me esperan,
me ríen rientes—risa placentera,
me lloran llorosos—con llanto de pena,
desde tierra adentro—desde tierra afuera.
En tus ojos nazco,—tus ojos me crean,
vivo yo en tus ojos,—el sol de mi esfera,
en tus ojos muero,—mi vida se anega;
tus ojos mi cuna,—mi casa y vereda,
tus ojos mi tumba,—tus ojos mi tierra.

46

Con la unción de su lengua de grana
se mojaba los labios resecos
y entre tanto tecleaban mi mano
sus lívidos dedos.
Y sentía al compás de la fiebre
que ceñía por dentro a sus huesos,
como el agua de rueda de forja
sacudirme el cuerpo.
Corazón, entre yunque y martillo
te forjaron sus labios, sus dedos,
y sus ojos del cuño de muerte
pusieron el sello.
Corazón, la campana de gloria
eres tú que su muerte tañendo
con tus toques su tierra bendita
levantas al cielo.

47

«En el verano, sí, me iré a la sierra
para dorarme al sol de las alturas;
tú sabes bien que don José no yerra;
que le llaman el mago de las curas...
Volveré toda fresca, hecha un pimpollo,
y dispuesta a vivirte, ¡vida mía!
ni me conocerás; vendré hecha un rollo
de carne nueva, carne de alegría...
Pues corto es el amor, la vida es larga...
no, al revés, largo el amor y corta
es la vida, tan corta y tan amarga
que aun siendo corta apenas se soporta.
Allí les daré cuerda, no te apures,
al amor y a la vida, Rafael mío...»
«Lo que nos hace falta es que te cures...
no te me vuelvas a cojer un frío...»
«Curarme? Sí, me curaré sin duda,
pero no del amor, ¿sabes, chiquillo?
me curaré poniéndome desnuda
al sol que me dará su fuerza y brillo.
He de volverme estatua, preciosa,
estatua de bronce, por supuesto;
ya verás, Rafael, qué buena cosa,
y tú me adorarás todo traspuesto...

A eso le llama don José, pues... ¿cómo?»
«Helioterapia.» «¡Qué bonito nombre;
para voces así de tomo y lomo
no hay en el mundo nada como el hombre.
Al sol, al sol! El sol es nuestro padre;
el sol enciende el pecho y pinta el cielo.
sombra... no!»—y mirando luego al suelo
concluiste: «la tierra nuestra madre...!»
Poco después en sus brazos de sombra
te recojía la tierra materna
y da el padre sol a la verde alfombra
de tu cuna final su lumbre eterna.

48

Tú no puedes morir aunque me muera
tú eres, Teresa, mi parte inmortal,
tú eres mi vida que viviendo espera,
la estrella de mi flor breve y fatal.
«Y esa fuí yo?—dirás—pues no sabía
que hubiese tantos méritos en mí...»
Es que viviste en mí, Teresa mía,
y entraste en tierra sin saber de ti.
Mientras me hacías te hice yo; mirabas
a mis miradas llenas de pasión,
sin saber qué buscabas, te buscabas
y así entraste en la edad del corazón.
Aprendistes a leer en las pupilas
de mis ojos sedientos de tu amor
y en las tardes doradas y tranquilas
del otoño supiste del dolor.
Supiste del dolor de conocerte
las ansias de mi pecho al conocer,
supiste que la vida acaba en muerte
cuando en ti me sentiste renacer.
Mirándome a los ojos tu inocencia
de niña adormecida se anegó;
con la mujer naciste a la conciencia,
tu espíritu en el mío despertó.

Hecha mujer por mí quedaste presa
de la razón eterna del vivir,
y al hacer que no mueras, mi Teresa,
aunque me muera yo no he de morir.

49

Cuando duerme una madre junto al niño
duerme el niño dos veces;
cuando duermo soñando en tu cariño
mi eterno ensueño meces.
Tu eterna imagen llevo de conducho
para el viaje postrero;
desde que en ti nací, una voz escucho
que afirma lo que espero.
Quien así quiso y así fué querido
nació para la vida;
sólo pierde la vida su sentido
cuando el amor se olvida.
Yo sé que me recuerdas en la tierra
pues que yo te recuerdo,
y cuando vuelva a la que tu alma encierra
si te pierdo, me pierdo.
Hasta que me venciste, mi batalla
fué buscar la verdad;
tú eres la única prueba que no falla
de mi inmortalidad.

50

Me miró tu hermanita con tus ojos
esta mañana
y sentí del amor nuevos antojos
y de una vida nueva, nueva gana.
Pero de pronto desperté a la cuenta
de nuestra suerte;
sentí como mi vida se sustenta
no más que en la esperanza de la muerte.
Tus besos viven aún en su mejilla,
fresca, rosada,
y aquel candor que me entregaste brilla
como cuando era niño en su mirada.
Ella no sabe aún de aquellos besos
que encima lleva;
me miró y recorrió todos mis huesos
del amor de tu muerte entera prueba.
Sé, Teresa, que en vida la querías
como aún me quieres,
porque ella fué tu fuente de alegrías,
ella alegró nuestros tristes quereres.
Perdóname! Mas... no! pues te aseguro
que no he pecado;
no es tu hermanita en sí más que futuro,
no fué entonces en mí más que pasado.

51

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.
Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres...
esas... no volverán.
Volverán las tupidas madreselvas
de tu jardín las tapias a escalar
y otra vez por la tarde aun más hermosas
sus flores se abrirán.
Pero aquellas cuajadas de rocío
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer como lágrimas del día
esas... no volverán.
Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar;
tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará...
pero absorto y mudo y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido... ¡desengáñate!
así no te querrán...

Me dijiste: «Repíteme esa trova...»
yo: «*volverán*...» y tú: «No, que ya han vuelto;
de nuevo están aquí...
mira aquella que está junto a mi alcoba
con qué fijeza y qué aire tan resuelto
te está mirando a ti.»
«*Volverán las oscuras golondrinas*...»
«Oscuras? Las confundes con vencejos,
y no vale embrollar...»
«...*en tu balcón*...» «Registra esas esquinas
de la reja, que no han de andar muy lejos...»
«...*sus nidos a colgar*...»

«¡Sus nidos! ¡Pobrecitos animales!
¡Sólo para sus hijos hacen casa!...
¿Les falta la razón?
«...*y otra vez con el ala a sus cristales* ...»
«¿Con el ala? ¿No oyes a la que pasa?
¿No entiendes su canción?
Dicen que da su canto la cigarra
con las alas; si cantan con el vuelo,
volando ¿qué dirán?
¿Entiendes tú lo que con vuelo narra?
¿No es la lengua del ángel en el cielo?»
«...*jugando llamarán*...»
«Jugando... así nosotros... juego es todo...»
«...*pero aquellas que el vuelo refrenaban*...»
«¿Eso es posible? Di.
¡Refrenar nuestro juego!... No, no hay modo.
vuelan las horas... las que nos faltaban...
sobre mí y sobre ti...»
«...*tu hermosura y*...» «También se va volando
es a orillas del río la verdura...
del río que va al mar...
pero sigue, sígueme recitando...
no me hagas caso... es caso de locura. .»
«...*mi dicha a contemplar;*
aquellas que aprendieron nuestros nombres...»
«Para cuando los olvidemos ¿sabes?...
el mío olvidaré...
Cuántas cosas enseñan a los hombres
—y a las mujeres—estas pobres aves...
a los hombres sin fe...»

«...*esas no volverán*...» «Lo que se ha ido
nunca vuelve... no vuelve la saeta;
se aja pronto la flor...
mira aquélla que quieta está en el nido...
mejor que no volar estarse quieta...
quieto se está el amor...»
«*Volverán las tupidas madreselvas,*
de tu jardín...» «Mira estas flores mustias...
¡qué pronto pasarán!
pero antes, cuando tú mañana vuelvas,
por nosotros, al pie de las Angustias,
muriendo rezarán...»
«...*las tapias a escalar*...» «Suben las flores
y bajan las estrellas por la noche,
cuando el cielo está en flor;
el cielo escalarán nuestros amores
y nuestra estrella, sempiterno broche,
los prenderá al Señor...»
«...*y otra vez por la tarde aún más hermosas*...»
«Sí, es verdad; más hermosas por la tarde,
más al anochecer...
cuando se pone el sol sacan las cosas
a luz esa pasión de luz en que arde
lo que va a perecer...»
«...*sus flores abrirán*...» «Como las niñas
de tus ojos mirándose en mis ojos...
mas no puedo olvidar
el futuro recuerdo—no me riñas—
que esas flores serán pronto despojos
que a tierra han de rodar...»

«...*pero aquellas cuajadas de rocío,*
cuyas gotas...» «¿Te acuerdas de una de ellas,
cuando te dije yo:
«¿No te parece como un pobre crío
de alguna de las pálidas estrellas
que se perdió y cayó?»
«...*mirábamos temblar...*» «Y el alma mía
temblaba como tiemblan esas gotas
a punto de caer...»
«...*y caer como lágrimas del día...*»
«...Caen en la noche, estremecidas, rotas,
las alas del querer...»
«...*esas... no volverán.*» «Pero es lo mismo:
ola que en la rompiente muere, es ola
que renace otra vez...
toda alma que de amor lleva el bautismo,
cuando se muere al fin, renace sola
llorando su viudez...»
«*Volverán del amor en tus oídos*
las palabras...» «¿Palabras? No; reclamos
de loco frenesí...»
«...*ardientes a sonar...*» «Y los latidos
del pecho nos dirán que nos amamos
con un eterno ¡sí!»
«...*tu corazón de su profundo sueño...*»
«Morir... dormir... dormir... soñar acaso;
¿no me dijiste así?
soñar entre tus brazos, ¡dulce dueño!»
«...*tal vez despertará...*» «¡Qué triste paso!
despertar... y no aquí...»

«...*pero absorto y mudo y de rodillas*...»
«¿En postura de esclavo? No, mi niño,
para el amor leal
cuanto más puras son, son más sencillas
las cosas y cuando es puro el cariño
nunca es tan teatral.»
«...*como se adora a Dios*...» «¡Quita, locura!
Quiéreme nada más... ¿Idolo? Es cosa
falaz...» «...*ante su altar*...»
«No quiero presa en él, ¡triste postura!
ni de rodillas tú ni yo de diosa;
querer no es adorar...»
«...*como yo te he querido*...» «El que así diga
no sabe de querer, porque no muere
amor que ya nació...
¡Te he querido!... ¿Hay acaso quien consiga
haber querido? Si una vez se quiere
el tiempo se acabó...»
«...*¡desengáñate!* » «Qué cosa tan triste!
El desengaño es triste; lo es la duda;
esperar lo mejor...
dudar de ti, Rafael, ¿cuándo me viste?
Vendrá lo que vendrá, pero no muda
ni pasa nuestro amor...»
«...*¡así no te querrán!*...» «Es lo seguro;
y en todo caso, como yo te quiera...
mi amor vive de sí...
cuanto se abrasa más se hace más puro;
lo llevaré conmigo cuando muera...
¡no te pongas así!...

No te me pongas triste, Rafaelillo:
cual las olas del mar nuestros amores
sobre la mar se van...
oye bien su canción, el estribillo
que entre sueños y pájaros y flores
nos dice: «¡volverán!»

52

Cuando baja por la tarde
del cielo la hora bendita
en que acudía a la cita
temblando mi corazón,
siento que me estruja el pecho
todo el tiempo que ha corrido
desde que el tuyo ha sentido
tierra sobre su pasión.
Todas las horas pasadas
se hacen un solo momento;
de tal modo, que en él siento
una eternidad posar;
un momento que me oprime
cual gigante cordillera
que los ríos contuviera
que ha contemplado pasar.
El manto de polvo rubio
vestido de hierba verde
en que el juicio se me pierde
cuando intento descubrir
el misterio de tu vida,
se me hace imponente sierra,
como si toda la tierra
me viniese a comprimir.

Se me amontonan los años;
el tiempo se me hace roca;
me sabe a tierra en la boca
el aliento al respirar,
y entonces sé lo que pesa
momento que se detiene
y que el vacío retiene
de los otros, al rodar.
Acaso fué nuestra vida
nada más que un aletazo
del Señor, que en el regazo
del sueño nos enterró,
sollozo del Universo,
una arruga del torrente
que forma de Dios la mente
y que en ella se perdió.
Teresa, en la última cuna,
la de madre tierra, pide
que nunca Dios nos olvide
lo que es vivir de verdad.
Y que nos recuerde unidos
como en la cruz los dos trazos,
que es llevarnos en sus brazos
por toda la eternidad.

53

¡Aquella tu honda inspiración enferma!
Alzábase tu pecho
—tal una ola—por amor del aire,
y era entonces tu huelgo
sollozo silencioso y recojido;
era a la vez un ruego.
Y me miraban con piedad tus ojos
como a otro enfermo.
Era cual si quisieras mi respiro
sorber; con él mi anhelo,
y apoyarte en mi vida, temblorosa,
por no caerte al suelo.
¡Oh, el vaivén de pasión—flujo y reflujo—
que agitaba tu pecho!
¡El alzarse y hundirse de la ola
de tu abatido cuerpo!
Parecías asirte a mis miradas
buscándome el secreto,
y tus ojos decían: «¡Rafael mío!
¿Qué es esto que tenemos?»

54

Tu pobre dolido seno
cuando lo abrías al sol,
de luz y esperanzas lleno
para quemar el veneno
de la muerte, era un crisol.
Era crisol que apuraba
la flor de tu juventud.
nuestro ardor acrisolaba
y en su fiebre hacía esclava
de tu salud mi salud.
Quemóse allí la semilla
de nuestra carne fatal,
y de la muerte en la orilla
quedaste tú, mi costilla,
desnuda de arte carnal.
Quedóse tu pecho enjuto
y enjuto quedó mi amor,
matóme tu sol al bruto
y me dió en lugar del fruto
la eternidad de la flor.
¿Te acuerdas de la amapola
que hube una vez de prender
en tu pecho y su corola
fué la espuma de la ola
de tus ansias de acrecer?

«Roja de sangre—dijiste—
parece querer vivir
y que la muerte resiste,
mas su jugo ¡cosa triste!
es veneno de dormir.»
Y te ibas quedando lirio
de casta pureza, y fué
tu ocaso un santo martirio;
mientras yo en torpe delirio
de amor, del amor dudé.
Y hoy vivo el amor desnudo,
sólo amor y nada más;
es tu recuerdo mi escudo
y ya, Teresa, no dudo
de que tú me salvarás.
Recordando tus dolores,
dolores de puro amor,
aquí te traigo estas flores,
fruto de nuestros amores:
¡la eternidad es la flor!

55

«Y luego ¿qué harás tú cuando me vaya?
No llores, mira, yo...»
—y una furtiva lágrima en la saya
se te cayó.
«No llores; es preciso que seamos
fuertes en el querer;
de nuestro amor no esclavos, sino amos;
¡es el deber!
Te esperaré tranquila y sin anhelo,
que estás en buena edad;
yo sé que nunca hay prisa allá en el cielo...
¡la eternidad!...
El hombre ha de vivir su vida propia;
tenéis mucho que hacer...
¿nosotras? ¡ay! la vida es sólo copia
en la mujer.
Y aunque me lleves otra no me importa;
os serviré a los dos;
comprendo, sí, la vida esta es muy corta,
muy largo ¡Dios...»
«No—te dije—, contigo he de juntarme
tan puro cual tú vas;
por morir tras de ti he de abrasarme;
¡ya lo verás!

Mas tales cosas, amor mío, olvida;
todo ello es aprensión;
ya te he dicho que pienses en la vida
de corazón.»
«Es verdad; no es todo ello más que tretas
para probar tu fe:
¡porqué sois tan volubles los poetas!...,
calla, lo sé...
Cuando los dos hagamos uno mismo
con la ayuda de Dios,
veremos que esto no es sino egoísmo
de entre los dos.
Lo que nos queda por vivir, mi niño,
contar ¿quién lo podrá?
mas si mides el tiempo por cariño
¡cómo se va!...
No, no se va, sino que queda y pesa
el tiempo abrumador,
como tu última tierra, mi Teresa,
¡mi único amor!

56

A la puesta del sol vi la corona
de siemprevivas que colgué con manos
temblorosas del leño que eslabona
tu tierra con tu cielo como hermanos.
Era como un estrobo en su tolete;
la tierra sobre el cielo una barquilla,
en espera del remo que arremete
a las aguas que duermen en la orilla.
Y sentí en mis entrañas tu llamada.
«Canta al Amor, razón del Universo;
canta al Amor, que lo demás es nada,
y dame vida eterna con tu verso.»
¡Hacer surcar al mundo la infinita
sábana del amor que se despliega
entre dos cielos, tras la última cita
del reposo final que nunca llega!
¡Al compás de los remos sobre el agua
cantar el evangelio claro y fuerte
del Amor, y cantando así la fragua
de la vida, cantando ir a la muerte!

57

Pronto irás también tú, corazón mío,
a la cama de tierra del reposo
que nunca acaba; nos lo dice el frío
que ya te cerca; pronto el triste coso
del mundo dejarás.
¡Qué poco a poco cuentas los instantes
que van pasando, y hasta se te olvida
contarlos a las veces, no como antes
que corrías delante de la vida
que ahora arrastras detrás!
Lates ya por deber, pero sin gana;
se sumió tu esperanza en la memoria
del ayer en que estriba tu mañana
y quieres enterrarte con tu historia,
¡mi pobre corazón!
Finado el manantial de tu corriente
poco a poco se apaga tu latido,
que el arroyo se seca con la fuente
y perdió ya tu vida su sentido
perdida tu misión.
Como no vives más que en el pasado
que hacia el pasado sin cesar se alarga,
remontas la corriente contra el hado
común de los mortales y la carga
de nuestra soledad.

Llegas al «¡hágase la luz!», primera
palabra del eterno Amor, y al verte
en el principio, antes que nada fuera
sintiendo cómo el tiempo sólo es muerte,
gustas la eternidad.
Que te viene la luz de las entrañas
de la tierra que cubre sus despojos,
que ya con pareceres no te engañas,
que estás viendo la vida con sus ojos
que dejaron de ver.
Que te están recojiendo en la semilla
que de ti Dios guardaba con la de ella,
que en el Camino de Santiago brilla
perdida entre infinitas nuestra estrella,
la de nuestro querer.
Corazón, se te va apagando el fuego,
pero tu luz se aclara con el frío;
pronto el Amor se rendirá a tu ruego,
pronto descansarás, corazón mío,
en el eterno amor.
Muy pronto has de entregar al fin tu obra
cumpliendo la misión de resignarte,
que todo lo demás está de sobra;
¡pronto en lo eterno te dará la parte
que te marcó el Señor!

58

Mi madre dijo: «Siendo muy chiquitos...
tenía ella dos años y tú tres...
os hicimos trocar ¡usos benditos!
cuatro besos de ruido y hoy... ya ves!»
Sí, madre, veo lo que son los besos
que nos calan el pecho hasta el hondón,
los que crecen al par que nuestros huesos
y echan raíces en el corazón.
Y aquel ruido resonó en la tierra
y de la tierra al cielo fué a subir;
es el son inmortal en que se encierra
el destino del hombre y del vivir.
Me encontraba perdido en un islote
desierto y pobre en medio de la mar,
mas con el pecho fiel de don Quijote
resuelto un mundo entero a conquistar.
Para llevar a cabo mi conquista
me dí mi reino, una ciudad de Dios;
no yo, Teresa, me la dió tu vista;
nos hicimos el mundo entre los dos.
De aquellos cuatro besos ha brotado
todo un mundo... sus hijos vivirán...
un mundo más que al mundo hemos pagado;
por mí fuiste Eva, fuí por ti yo Adán.

59

La vida se me gasta hebra tras hebra
sin que te acabe de cantar, mi vida,
y es de tan corta vida triste quiebra
el que así se me quiebre la partida,
la fuerza del vivir.
Cuando el sol con sus rayos ya desgarra
cruel a Primavera el verde manto,
puesta la hueva calla la cigarra,
hueva de nuevas vidas y de canto,
calla para morir.
Vuelve otra vez la estrofa en primavera:
«todo está dicho»—canta el el moribundo,
pero el que nace al sol y a nueva espera,
canta cuando saluda al nuevo mundo:
«todo está por decir!»
Y nos suenan al par ambos cantares;
el ocaso y el alba son lo mismo;
un mar tan sólo son todos los mares
y un presente del tiempo en el abismo
pasado y porvenir!

60

¡Ay!, estas noches de febril desvelo
siento sobre mi frente de tu mano
las frías yemas,
y sobre el corazón me esparce el hielo
de la que viene el sueño, que es su hermano;
pero no temas,
no he de temblar, Teresa, ante el Destino,
ni cerraré mis ojos a los ojos
de nuestra madre;
no he de volver la cara en el camino,
donde las flores se han vuelto ya abrojos,
y aunque taladre
ese hielo agorero mis entrañas,
iré sin vacilar a nuestras bodas,
iré a tu lado,
y aun cuando hubiese que trepar montañas
de dolor y sufrir las penas todas
del condenado.
Condenado a vivir en el tormento
de no vivir contigo ni morirme;
mas ya me espera
la última noche; sopla ya su viento
sobre mi último lecho, y al dormirme
no espero espera.

Espero despertarme entre tus brazos
hechos tierra mollar, fresca y oscura,
hechos reposo;
espero atarme con eternos lazos
a la esperanza sin afanes, pura,
de Dios al poso.
No al Dios que pasa, sino al Dios de queda,
no al Dios que vela, sino al Dios que duerme,
tierra su almohada;
cuando al fin del afán librarme pueda,
bajaré junto a ti indefenso, inerme...
la vida es nada...

61

Hollando rocas se elevó a la cumbre
de la riscosa sierra
gentil macho cabrío,
y allí, sobre la inmensa pesadumbre
que apisona a la tierra,
esmáltase con brío
sobre el azul sereno su cabeza
con cuernos y barbuda
cual si fuera otra roca;
se paró como en trono y con fiereza
que ni el vértigo muda
ni la fatiga apoca.
Más arriba se cierne allá en la altura
un águila; una nube
marcaba con su pico
y de sus alas con la envergadura
muy suavemente sube
a golpes de abanico.
inmoble y encumbrado se está el macho;
el águila su huella
no nos deja marcada;
sobre cuatro raigones un picacho
él parecía y ella
cual del cielo colgada.

Mi corazón hollando duras peñas
trepó y hase encumbrado;
el tuyo desde el cielo me le enseñas
desnudo y depurado.

62

Te vi pasar por el cielo
anoche y resucité;
raíces me dió el anhelo
que prendieron en la fe.
Sentí en las alas deshielo;
hasta ti me levanté;
perdí el sentido del suelo,
nuestro ensueño reanudé

63

Eres tú mi poesía,
eres tú mi creación,
eres tú, Teresa mía,
tronco de mi corazón.
Tú me has dado la palabra
que nuestro amor sembrará,
y tu visión es el abra
donde mi caudal se va.
Eres luz que se hizo carne
y vino al mundo a morir,
y aunque tu luz se descarne
me ha de alumbrar el vivir.
Eran tus ojos gemelos
palomas de tiro al par,
que al carro de mis anhelos
le hicieron siempre volar.

64

Era hacia navidad, en el más breve
día del año, cuando ya la nieve
coronaba la sierra,
y el sol, todo luz, más amortiguado
su fuego, se acostaba tibio en tierra
con un ocaso dulce y sosegado.
Ojos y nada más en el espejo
de tu pálido rostro; era el reflejo
del sol que se ponía,
pura luz sin el fuego de la sangre
y en tus ojos la luz resplandecía
que te mandaba el sol en su desangre.
De entre unas migas, resto de una rosca,
salió arrastrándose una pobre mosca,
la última del año;
en sus alas, que al vuelo se negaban,
ponía el sol poniente como engaño
tornasol y al relente se doblaban.
«¡Pobrecita!», decías, y tu dedo
tembloroso del corazón, muy quedo,
con toque imperceptible
sus alas desaladas repasaba,
y yo temblé porque un dedo invisible
vi que al morir el sol te acariciaba.

«Ojos su cabecita y no otra cosa...»
—me decías mirándola curiosa—
«cabezas de alfileres;
pero en ella son dos grandes ojazos;
ya tienen que mirar los pobres seres
para escurrirse de entre tantos lazos...»
El ojazo del mundo sus pestañas
plegó junto a la tierra; las entrañas
del mundo palpitaron
como al toque del dedo del Destino;
las alas de la Noche centellearon;
Santiago marcó en ellas su Camino.
Paró la mosca y tú con un hilito
de aliento la soplaste; salvó el hito
de la vida y rodando
se vino al polvo, ya sus ojos muertos,
y quedaste un momento contemplando
no sé qué con los tuyos muy abiertos...

65

Bajo tu blanca mano fría, el negro lomo
tibio, curvo y sedoso, lento ronroneaba;
lucientes de húmedo brillo el morro romo
y los verdes ojos en que el cristal chispeaba.
Dormitaba por fuera, dentro recojido
rumiaba su ronrón como vieja conseja;
la aquietada inquietud del pecho adormecido
marcaba con un pronto esguince de la oreja.
Bajo el yugo leve de tu caricia suave,
guardando en sus ojos el sueño circundante
los cerraba y soñaba, como nadie sabe...
te vivía acaso de sí mismo ignorante.
Eras su todo tú y no había otra cosa;
vivía todo en ti, su universo divino;
tú eras su creación y eras al par su diosa,
sujeto en tu regazo marchaba su camino.

66

Anda con cuidado por donde caminas;
te picó la zarza y por eso lloras;
son sus hojas verdes entre las espinas...
¡tan blancas las flores! ¡tan negras las moras!

67

Mi Teresa es española
y mi España es teresiana;
vive mi alma siempre sola;
mi patria es la del mañana.
Aldonza hecha Dulcinea
vuelve a *Quijano Quijote*;
vivirá mientras se crea
que este mundo es un islote.
Y por querer creer vivo,
sabiendo que vivo en sueño,
y en mi sueño no concibo
que uno despierte en su empeño.
Soy de mi Teresa loco,
soy cuerdo de mi locura;
todo me parece poco
si es que esta vida no dura.
Viendo a mi Teresa en carne
sé que la carne es idea,
ni temo que la descarne
el mismo amor que la crea.
Sé que el fuego nos da lumbre;
sé que la lumbre da brasa;
sé que el amor es costumbre,
que la costumbre no pasa.

Que es el mañana contino
en que vivimos soñando,
que es la cama del destino
en la que vamos pasando.
¡Dulce y regalado engaño
de no dejarse engañar,
en la vida el mayor daño
no es dar fin, es empezar!

68

Amor, amor, amor, amor, Teresa,
luz de mi vida,
nace el alba en tu tierra de la huesa,
cuna perdida.
Es un alba sin sol, eterna aurora
que siempre avanza,
se amontonan los siglos ante la hora
de la esperanza.
Vertía triste el viento su lamento
sobre tu vaso,
lamento que llevaba triste el viento
sobre el ocaso.
En la rosada puesta del oeste
lento sonaba
toque fundido en el azul celeste
como de aldaba.
Le cerró al cielo el ojo en un abrazo
la campa en lloro
recojiendo piadosa en su regazo
lágrimas de oro.
Tu voz iba en el aire difundida,
pues era tu hora,
más que música luz, luz derretida
y luz sonora.

Era el eco divino del gorjeo
que te fué encanto,
brizaba a muerte en mí el terco deseo
del campo santo.
El alba y el ocaso se fundían
sobre tu cuna,
y fundidos en uno me traían
nuestra fortuna.

69

Todos los versos que te había escrito
por mi mano, quemé;
las cenizas, cumpliendo nuestro rito,
piadoso derramé
sobre ti, a la puesta del sol, hora
de nuestro amor;
blancas alitas de zarzamora
cuando está en flor
mezclé con las cenizas y caían
pausadas sobre ti;
abejas con su vuelo me decían
lo que al fin comprendí.
Quemé sobre tu tierra aquellos versos
que tú hiciste brotar,
bien sé que hay infinitos universos
que han de resucitar
de esas cenizas y esas blancas flores
ajadas de pasión
al acabarse el tiempo y sus dolores
de nuestra creación.
Bien yo sé que nunca muere la colmena,
que es eterna la miel,
que para el alma que vivió su pena
el Señor siempre es fiel;

bien sé, por fin, que es divina la tierra
que guarda tu beldad,
y sé que el cielo en la tierra se encierra
por toda eternidad!

70

Engáñame, engáñame, mi vida,
y vuélveme a engañar;
hazme creer que al fin de la partida
nos hemos de encontrar.
Cúname, Amor, en el divino engaño
de la inmortalidad,
y sírveme de escudo contra el daño
de la última verdad.
Y si no me engañaras, mi tesoro?
si volviera a nacer?
si en una esquina del celeste coro
llegáramos a ser
lo que si hubiera por merced querido
lo que no quiso Dios
seríamos, en un eterno nido,
por siempre uno los dos?
Engáñame, mi amor, mas sin que sepa
que engañándome estás;
hazme creer que para aquel que trepa
con fe, una cumbre más
hay siempre tras la cumbre de subida,
que es eterno el subir;
hazme creer que no muere la vida
y que muere el morir.

Engáñame... pero en tan dura brega
qué es eso de engañar?
cuando el alma en el sueño así se anega
todo es vuelta a empezar.
Desengáñame... no! no es hacedero;
siempre habría de ser
para mí un nuevo engaño más certero...
déjame padecer...!
Déjame que padezca y siempre dude
con desesperación;
deja que sangre, como Cristo, sude
rendido el corazón.
Sabe ella, Dios, esta terrible lucha?
es que oyéndome está?
y la tierra, su tierra, es que me escucha
y al fin responderá?
Por qué no me abres, Dios, tu pecho abismo
y me pueda ver
y verla como fuimos, uno mismo
aun antes de nacer?
Si ella no ha muerto en mí es que yo en ella
me habré muerto, Señor?
es que se borra al cabo toda huella
del vuelo del Amor?
Y aunque así sea guarda este mi grito
dentro de ti, Señor,
y que lleve al confín del infinito
el alma de las almas de los dos...!

71

Ya que sabes de amor y de dolores
óyeme bien, Señora,
y ruega por nosotros pecadores
ahora y en la hora
de nuestra muerte
Ella murió; su pecho yace inerte
bajo manto de yerba;
ella en tus brazos abriga su suerte
y en tus brazos conserva
tu don divino.
Tú, tejiéndole en vida su destino,
madre la hiciste,
madre de mi pasión y en mi camino
mortal tú la pusiste
como una estrella.
Estrella matutina que tu huella
guardando con tu lumbre,
fué de mi corazón una centella
la dulce mansedumbre
de su cariño.
Tú, Señora, que a Dios hiciste niño
hazme niño al morirme
y cúbreme con el manto de armiño
de tu luna al oirme
con tu sonrisa.

El alba es tu sonrisa y es la brisa
del alba tu respiro;
acuérdate cuando iba al alba a misa
por ti y en el retiro
por mí rogaba.
Te rogaba por mí, por mí abogaba
para que Tú, Señora,
por aquella que fué tu humilde esclava
me dieras una hora
de firme paso.
Haz por ella que en la hora del ocaso,
en el último trance,
cuando de mi alma al fin se rompa el vaso,
de nuestro Padre alcance
eterna vida
mi tierra con su tierra confundida.

72

Una noche lechosa de junio,
plenilunio,
nuestros ojos miraban a una
a la luna
con lánguido afán;
se mezclaron allí a nuestros ojos
los despojos
de otros ojos que antaño perdidos,
derretidos,
sintieron su imán.
Era el lívido espejo del cielo
—nuestro duelo—
porvenir y pasado, nos vimos
como fuimos
como hemos de ser,
la pareja en el mundo perdida
y que anida
en el hoy y el ayer y el mañana
caravana
del tiempo al correr...
Nuestros pechos, al fin soñadores,
los amores
de la eterna pareja infinita
en la cita
del único amor

recojieron, sintiendo la gota
de que brota
y a que vuelve otra vez el océano
soberano
que nutre al Señor.
«¡Cuántos somos!» Entonces sentimos,
los racimos
de estrellas, mirando el cortejo
del espejo
de noche fugaz
y rodando en el cielo cual ola,
una sola,
de la eterna infinita marea
que re-crea
su trágico haz!

73

El río claro de tu voz fluía
tan sosegado y manso
que era agua cristalina que corría
en brazos de un remanso
En él se retrataban de tu pecho
los frescos pensamientos
—flores—como acostándose en el lecho
—donde no llegan vientos—
de las arenas de oro de la roca,
corazón de la sierra;
era una fuente de frescor tu boca
que ahora cierra la tierra.
Temblaba en tus pestañas el rocío
de tu antes mudo llanto,
lavaban tus palabras en su río
los dejos del quebranto.
Como en verdura de campo de arroz
lentamente alagándose
el otoñal tañido de tu voz
se hundió abismándose.
Cuando callaste, el mundo del sonido
quedó en silencio musical sumido.

74

En otro tiempo estuve
no sé de quién enamorado,
siendo muy niño.
Aún la veo perdida en la nube
de mis memorias pálidas y al lado
de aquella tarde que es como el escriño
que separa
mis dos vidas;
en él tu cara;
fuera de él perdidas
en un lejano ocaso
visiones de niñez...
Fué como el alba de mi amor acaso,
tu anunciación tal vez...
¿Quién era? Sabes tú quién era?
¿Quién era aquella pálida
aparición;
aquella que en la inválida
memoria de mis años infantiles
un momento ciñó mi corazón?
Hoy en las horas febriles
de mi pasión
te recuerdo como antes que viniera
sobre mí tu mirada;

recuerdo a aquella niña,
visión aniñada,
que te precedió...
Mi duelo se encariña
con ese triste bálsamo de nieblas
de tu tierra,
el misterio amoroso que encierra
la que en tí posó.
Tristes dulces serenos recuerdos
de recuerdos,
chapuzones del alma en la fuente
del naciente,
todo esto me dice, bajito, mi vida
que hay otra vida perdida
por recobrar,
que del mar por las nubes salen los ríos
que por ellos al mar van los navíos
y que vuelven los ríos á la mar.

75

Se muere aquel que ve la cara a Dios;
vimos la cara a Dios juntos los dos;
tú ya te has muerto,
yo sigo en el desierto
marchando de tu santa huella en pos.
También yo me morí
y estoy soñando nuestra madre Muerte;
yo quedé muerto en ti
y es el amor más fuerte.
Con tu ojos y en ellos a Dios ví;
nuestros ojos mezclados a Dios vieron;
fué común la mirada
y entonces nuestras vidas se murieron
en abrazada.
Después que juntos vimos al Dios vivo,
de la muerte por Dios vida recibo.

76

Los siglos son la historia,
las horas el amor;
va con la historia, gloria;
con el amor, dolor.
Van pasando los siglos,
las horas al volver;
desfilan los vestigios,
se queda la mujer.

77

Al soñarte dormida muchas veces
como nunca te vi,
el hambre de mis ojos tal acreces
que me olvido de tí.
Pues soñándote en íntimo abandono,
no más que la mujer,
al verte así, caída de tu trono,
te veo perecer.
Es mi lenta mirada un beso lento,
pero beso de muerte,
que te derrite y gracias a ello siento,
lo que gané al perderte.

78

¡Dormirse en el olvido del recuerdo!
en el recuerdo del olvido,
y que en el claustro maternal me pierdo
y que en él desnazco perdido!
¡Tú mi bendito porvenir pasado
mañana eterno en el ayer,
tú todo lo que fué ya eternizado,
mi madre, mi hija, mi mujer!

79

¿Te acuerdas de aquel día en que tu primo
viendo pasar a Pura
dijo: «Sabréis que se acabó ya el timo...
ahí va mi ex-futura»?
El sin duda quería hacer un chiste,
un chiste de gramático,
mas tú, muy seria, no se lo reiste,
tu ánimo quedó extático.
«Ex-futura...»—repetiste, y con tristeza,
no una, varias veces;
de tu ingenio moribundo la agudeza
gustaba hasta las heces
de la extraña expresión la paradoja
y temblaste en tu silla
viendo caer del árbol una hoja
de otoño, ya amarilla.
Cuando quedamos solos: «¡Ex-futuro!
—dijiste con espanto—
¿por qué el sol se me pone tan oscuro?
¿por qué, Dios santo?»
Y al quedarme sin tí yo me decía:
«Ex-futuro!... es terrible
que al nacernos a muerte un nuevo día
se nos muera el posible...;

que todo lo que nazca al nacer mate
al que pudo haber sido...»
Creí volverme loco de remate;
me sentí sin sentido...
Ex-futuro! ex-futuro! Es la tortura
de la raíz del ser,
el insondable abismo de amargura
del hijo de mujer!

80

Como cántico lento, dulce, triste, suave,
despedida de un ave
que va a morir;
me llega tu imagen por la noche al dormirme
cuando voy a sumirme
en no vivir.
Allá, sol, un nido; lo que es toda la vida
canta en su despedida
cantar de amor,
y cunado al vaivén del reflejo del canto
se adueerme mi quebranto
desolador.
Renace tu imagen al renacer la aurora
cuando me trae la hora
su realidad;
contigo me duermo, me despierto contigo,
y así es como consigo
mi eternidad.

81

Desde siempre a nuestro amor
trazaste en las estrellas su sino
y es tu dedo creador,
Señor, el que nos marca el destino.
Nos has traído a la muerte
sin mezclar nuestras carnes en una
y en la tierra nuestra suerte
no ha salido jamás de su cuna.
Has hecho, Señor, que aquí
viva nuestro pobre amor en luto,
mas tu ino! no es si no un isí!;
se hace flor al cabo todo fruto.
Dejaste a la eternidad
el pago final de nuestro anhelo.
hágase tu voluntad
así en la tierra como en el cielo!

82

Me acuerdo del dechado de tu abuela,
de abecedario gótico de trazo,
bordado en el pajizo cañamazo
de sus días lijeros de la escuela
Desprendíase de él, como una estela
espiritual, el nimbo del abrazo
que ciñó al bastidor y del regazo
que a tu madre llevara. El tiempo vela.
Vela y no vuela. Así la mariposa
más grande que la casa por contraste.
que allí junto a la pobre casa posa.
Venciendo de los años el desgaste:
«Lo hizo Teresa Sanz y Carrizosa.»
El tuyo, tú, su nieta, en mí bordaste.

83

¡Tu vida, vida mía, desprendida
de la vida de Dios!
Al llevártemela, apuré mi vida
la vida de los dos!
Al verte envuelta en funerales paños,
desnuda la verdad,
viví toda mi vida, largos años,
toda una eternidad...!
Aquí del Universo en un recodo,
perdido estoy aquí,
sufro, vivo, sueño que es nada todo
todo nada sin ti!
Contigo nada es todo, mi adorada,
que creándome estás,
y al crearme eres todo de la nada
creándote además.
Perdón, Señor, perdón! Eres testigo
del mal de mi razón,
de que no sé ya bien lo que me digo,
perdón, Señor, perdón!

84

No lo dudes, Teresa, fuí Romeo
y tú fuiste Julieta;
no hay más que una pareja, que el Deseo,
nuestro inmortal poeta,
va sin cesar rimando en rimas varias,
unas veces pedestres,
otras raras, tal vez estrafalarias,
de estufa o ya silvestres.
Fuimos Simón, el portugués de fuego,
y Teresa, la de antes,
Pablo y Virginia, e Isabel y Diego
de Teruel, los Amantes.
Fuimos—más gemelos aún—María
y Efraín, los de Antioquía,
bogando en nube de melancolía
al toque de parroquia.
Hemos sido legión... no! una pareja,
una siempre y la misma,
y para ver el mundo nuestra reja
fué un encantado prisma.
El siglo juzga que el amor es ripio;
la hora vive de amor;
el fruto y su semilla son principio,
pero el fin es la flor!

85

Vuelvo a nacerte al fin cada mañana,
rebosante de juventud!
Voy rejuntando un piélago de gana!
Se anega mi salud!
Oh, cuando llegue el día del abrazo...!
será corta la eternidad!
morirá el universo en tu regazo;
quedará la verdad!
Sentiremos que fué una locurilla
de la mañana nuestro amor,
cuando toquemos sol lo que ahora brilla
estrella sin calor!
Te nazco al despertar cada mañana
dulce muerte la de dormir!
que me ahogo en un piélago de gana
terrible de morir!

86

La historia universal de una mañana
de nuestra villa
querríamos saber,
desde la hora en que suena la campana
de la capilla
hasta la de comer.
Es historia sagrada, como aquella,
tesoro mío,
que hubiste de aprender;
una sola pisada deja huella,
y no en un río,
huella por recorrer...
Y quien la sepa sabe todo aquello
que es necesario
para vivir, saber;
la historia eterna, en inmortal destello,
del fiel rosario
del divino querer...
El pensamiento de Dios es la historia,
mas toda entera,
con ella todo el ser,
se encierra en cada grano, la memoria
de lo que fuera
y de lo que ha de ser...

Si es que el cuerpo de Cristo todo entero
en cada parte
de la hostia santa está,
la Historia en cada hora a su lindero
por mágico arte
tocando toda va.
La historia universal de una mañana,
la que Dios quiso,
es la que hay que saber,
la antigua historia de hoy, de la manzana
del Paraíso,
la historia del saber...

87

¡Oh, en aquellos ratos cálidos,
a punto de desmayar,
casi cadáveres... pálidos...
calina sobre la mar...
los corazones inválidos!
Temblábamos en la reja,
del paraíso en la jaula;
nuestro silencio era queja;
era del amor el aula;
era la lección más vieja...
Nos hemos hartado de hambre,
y morimos de hartazgo;
es nos seca la raigambre;
que en esta España el noviazgo
da en los tuétanos calambre.
En los oídos me zumba
de aquellos ratos la fiebre,
y esperando que sucumba,
cuando el repuesto me quiebre,
tú me aguardas en la tumba.
Lloverá sobre la tierra
que confunda nuestros huesos,
la que nuestras carnes cierra;
serán de lluvia los besos;
sólo el que muere no yerra....

88

Cuando a solas recuerdo el día aciago
del más amargo trago
de mi vida tan breve, me defiendo
preguntándome: «ahora ¿qué me hago?
para qué voy viviendo?»
Pero me estoy haciendo, deshaciendo,
desde aquel día mismo,
el día del bautismo
de la muerte común, el de la llama
que me consume el pecho gota a gota.
Me devora la cama
con fiebre de soñar; la entraña rota
me sabe ya a ceniza y en la liza
no he de dejar de polvo mi ceniza.
Que de tal modo ardiendo me consumo
mientras sopla en mi torno la tormenta,
que he de irme todo en humo,
más allá de las nubes, para luego
cual lluvia seca, mi ceniza, en poso
por la tierra que a todos alimenta,
esparcirme y el fuego
de los rescoldos abrigar piadoso.

Mas no! que del amor el torbellino
mi polvo arrastrará sobre tu yerba,
y allí, como en molino,
molerá mi pasión, la que conserva
todavía tu fiebre de agonía,
y se harán bruma seca mis entrañas,
bruma, Teresa mía,
que cubrirá del siglo las montañas,
bruma que vestirá del mar la espuma
y al sol se encenderá, tórrida bruma.

89

¡Ay, aquel beso, aquel beso,
semilla de mi pasión!
De él quedé por siempre preso,
siento su gigante peso
encima del corazón.
Con él me quitaste el seso
antes de tener razón;
va en mis entrañas impreso
y muero bajo el acceso
de su regeneración.

90

El recuerdo de aquel beso es el codaste,
del bajel que de mi amor trasporta el mito,
y el del día de tu muerte el recio maste
de su vela que me arrastra al infinito.
Con el árbol de tu vida hice la barca
donde di a la mar sin fin todo mi anhelo;
las entrañas negras de la tierra abarca
su raigambre; con su copa cubre el cielo.
Al morir naciste en mí con vida nueva,
y las olas tormentosas con la quilla
de esa vida vas cortando tú, mi Eva,
de este mundo de visiones maravilla.
Cuando al fin, traspuesto todo fin, me anegue
tras las nadas y del caos cabe la duna,
quieta la mar se quedará sin un pliegue,
bajo un cielo sin sol, ni estrellas, ni luna.

91

La mar y el sol no más, los dos espejos
uno del otro enfrente;
luz y vida latiendo a los reflejos
de levante y poniente.
La mar relumbra; el sol su pecho agita
con su curso redondo;
¡rayos la mar!; ¡olas el sol! ¡pa'pita
la pasión en el fondo!
Toda la mar como una ola sola
se levanta, pues quiere
ceñir al sol poniente, una amapola
que en ella muere.
Tú eres mi sol, yo soy tu mar, Teresa.
y entre los dos no hay nada;
yo tu sol, tú mi mar dentro en la huesa,
por fin ya sosegada!

92

¡Ay, este rosal regado con tinta,
rosas de fuego que se sorbe el viento!
Mi alma del gran misterio se halla encinta;
no he de morir sin darla a nacimiento.
Preñez de amor mi agonía prolonga
que a la luz eterna te he de dar, mi suerte;
cuando en brazos de Dios mi carga ponga,
podrá conmigo, celosa, la Muerte.
Decíame tu corazón: «¡ay, hijo!»;
fuiste mi madre, sin ningún reparo,
serás mi hija, y no es un acertijo,
mas misterio de amor abierto y claro.
Que yo te hago como tú me hiciste;
yo a ti, creación; tú a mí, creador;
nuestra pobre nonada no resiste
al empuje sin peso del amor!

93

Gracias, Señor, voy a morir al cabo,
gracias te doy, Señor;
no más del Tiempo que nos mata esclavo,
libre por el amor!
Ahora es cuando el cielo es todo rosa,
canta la eternidad;
ahora es cuando siento toda cosa
bañada en realidad.
Ahora es cuando veo de mi vida
la eterna juventud,
ahora, en la hora al fin de la partida
cosecho mi salud.
Voy a nacer, Señor, voy a nacerla
dentro del corazón,
como en concha del mar nace una perla,
cual flor de su pasión.
Voy a nacer, Señor, voy a nacerte,
bendita Trinidad,
Tú, Señor, el Amor, Ella y la Muerte....
voy a ver la verdad!
Ya sé por qué nací, por qué he vivido,
ya sé todo por qué;
ya sé, Señor, al fin, por qué has querido
que viviera, lo sé.

Voy a morir, de este vivir bien harto,
voy al fin a morir,
que ella, mi virgen, con sagrado parto
concluye mi sufrir.
Voy a morir, al fin; vengan las alas,
las alas de cantar;
vistiendo del amor todas las galas
quiero hundirme en su mar...
Donde sabes, Señor, me espera un hueco,
cabe el postrer confín,
donde llega a dormirse el último eco
de tu voz... en el fin...
He vivido, he vivido eterna espera
y la esperanza es fé;
he vivido, he vivido y aunque muera
ya sé que viviré...
He vivido, Señor, gracias, mil gracias,
gracias sin fin, Señor;
con la muerte, de vida al fin me sacias,
de vida del amor...
¡Gracias, Señor, voy a morir al cabo,
gracias te doy, Señor,
que es ahora cuando más tu amor alabo,
gracias por nuestro amor!

94

Oigo el susurro de la Muerte que llega,
paso aterciopelado de pie desnudo,
cauteloso arrastrarse como de ciega
que a tientas husmea, con olfato agudo.
Y al sentir de su ala-mano el nimbo de aire
conteniendo el resuello, me apelotono;
del bastión del misterio, quieto, al socaire
apretando los párpados me abandono.
Me hago así el muerto, como un escarabajo,
¡qué cobardía! pues es morir dos veces,
y en este juego oscuro ¡duro trabajo!
del poso de la vida gusto las heces.
¡Ay lo que cuesta resignarnos al sino!
Por no morir morimos huyendo muerte;
hay, caminante, que apuras el camino;
hasta el fin no se toca toda la suerte.
Dime tú mientras doy mis quejas al viento
al oído la ley de tu corazón,
que mi pecho así cobre el último aliento,
aliento final de la resignación!

95

Me abraza con sus alas, cual gigante murciélago,
para hundirme en la tierra—negro,cerrado piélago—
y al quitarme el aliento me envuelve en un desmayo
en que me prende a vida, cual postrer hebra un rayo
del recuerdo bendito de tu postrer mirada;
pruebo morirme y luego, rozando ya la nada,
me siento cual un pollo se sentirá en el huevo;
después de tí, Teresa, vuelvo a nacer de nuevo
y sé lo que es nacer y lo que es haber vivido
y doy las gracias a Dios porque así lo ha querido.
¿Cuándo va a empezar al cabo, Señor, mi reposo?
¿Cuándo en mi pecho, al fin, va a sosegarse este poso
de vida tormentosa, de encendido huracán?
¿Cuándo las golondrinas, ya muertas, volverán?

96

¡Ay, el aprendizaje de la muerte!
¡qué larga lección!
Morir de no morir es cosa fuerte
y huir del harpón!
y cuando sepa la lección un día
¿sabré que la sé?
al llegar junto a tí, Teresa mía,
¿vivirá mi fe?
Cuando me arrope al fin en las tinieblas
¿volverá la luz?
del soterraño mar entre las nieblas
¿flotará mi cruz?
Olvidado de mí y de mi duelo,
veo a Rafael;
desde él volviendo mi mirada al cielo
busco su troquel.
¡Qué lástima me da del pobrecillo!
¡un muchacho al fin!
se le deshizo en nubes el castillo,
con su revellín.
Le está matando el duro aprendizaje
del postrer nacer;
ya le veo desnudo, sin que el traje
contrahaga su ser.

Ten valor y paciencia, Rafael mío,
y aprende a esperar;
Dios vive en las aguas; todo río
se pierde en la mar...!

97

Véase el capítulo XXVII del Libro Cuarto de la Segunda Parte de la «Historia de la Orden de San Jerónimo», del P. M. Fr. José Sigüenza, publicado primero en 1600.

Fray Bernardino de Aguilar, profeso
de la Murta jerónima,
al regazo del claustro pasó, preso
de amor, cantando en paz su vida anónima.
Al margen del afán de Barcelona
vivió Fray Bernardino,
y el Espíritu Santo fué en persona
quien le trazó con música el camino.
Su breve vida en el coro del templo
fué recojido idilio,
ante los ojos del Señor ejemplo
de la oscura humildad que da su auxilio.
A punto de morir, el manicordio
recorrió con las manos
y del cántico eterno el tierno exordio
cantó mientras lloraban sus hermanos.

Quómodo cantábimus cánticum Dómini
in terra aliena...
Y así Fray Bernardino de Aguilar
en su pecho estrujando dulce pena
pasó de este cantar a otro cantar...
Me fuiste en vida recatado claustro,
me aguardas en la huesa;
y ahora, hoja seca que arrebata el astro,
me estoy muriendo cantando: «¡Teresa!»

98

Una visión gocé, dulce beleño
para mi fiel dolor, anoche en sueño;
vi no un ángel, una ángela, que hilaba
en la celeste esfera,
y el huso al son de las alas sonaba.
La rueca de marfil, y el copo era
de azucenas; el huso, de oro fino;
estambre de azucenas con destino
para los lienzos albos
de nuestra cama de la eterna boda.
Cuando después de muertos los dos, salvos,
nos juntemos—será la dicha toda—
tela de blanca flor, hará cendales
a rosas de pasión,
y serán nuestras sábanas nupciales
de la resurrección.

EPISTOLA

Me dice don Miguel, que *rato* es *rapto*
y se lo creo, ¿cómo no? ignorante
como soy en Lingüística y nada apto
para tal ciencia y me inclino delante
de los que saben más y siempre acepto
estas lecciones de muy buen talante.
Y si soy conceptista es sin concepto
pues no lo es de mi pasión la brasa.
Tiene en mí, don Miguel, un fiel adepto
de su lección de aquello que no pasa
y de aquello que queda y que la cola
con la cabeza encuéntrase y se casa.
Y me dice, además, que el rato es ola
y que el agua del lago es la costumbre.
Se lo creo también. El agua es sola
bajo las olas; es la pesadumbre
de lo eterno que en horas se alijera
como bajo las chispas es la lumbre.
Que lo eterno es la vuelta, la carrera,
es el ritmo y la estrofa, y es la rima,
la pasada y futura primavera,
las aguas que del mar ruedan encima;
es la canción eterna de la historia

y el paso fiel que la quietud anima,
y deja espuma aquí y allí escoria.
En *Del Amor*, dijo Stendhal que el verso
fué inventado en favor de la memoria...
No! es la memoria misma; el universo
late por él y en el latir perdura
y se retrata en él nítido y terso.
El bieldo es con que la mies se apura
y se separa de la paja el grano,
y nos da lo que queda, encarnadura
del Amor que es eterno y soberano.
La Creación, que es toda poesía,
obra fué de palabra, no de mano;
se hizo la luz y en el eterno día
rompió a rodar la rueda del ensueño,
y Dios, mientras el mundo amanecía,
se recreaba en su obra como dueño
ya de sí mismo al serlo de su mundo,
como lo es todo artista de su empeño.
Es el mío sumir en lo profundo
cofre de amor y muerte que hice a escoplo,
pongo en verso que quiere ser rotundo
letra de usted; espíritu, que es soplo,
música que recrea corazones,
si es que en mis coplas con mi letra acopio
es merced a Teresa; las lecciones
de su voz arrolladas al enjullo
de mi memoria fiel, guardo sus dones
como una flor guardada en el capullo.
Más que música es, más que el oleaje

de la voz sacudida; es el arrullo
no de su pecho, sino del plumaje
que sus alas angélicas reviste,
es la sonora luz de su lenguaje.
Cada vez que me digo: «Me dijiste...
me suena dentro el misterioso coro
de las estrellas que al Amor asiste,
y oigo a la vez de la campana de oro
de la puesta del Sol la campanada,
y entonces es cuando al Señor adoro
por haberme sacado de la nada
y entonces es cuando al Señor imito
y busco con palabra encadenada
encerrar en mi verso el infinito;
y entonces es cuando aquietado el pecho
convierto en luz el fuego de aquel grito
que pide no morir mientras deshecho
mi corazón por huracán de llanto
tras la muerte me lleva que en acecho
me está esperando.

Acabará el quebranto
del respiro mortal; mucho más leve
me será de su tierra el campo santo.
He de morirme... no! morirte, en breve,
antes acaso que a embozarse vuelva
la sierra en el sudario de la nieve.
Mientras mi pecho raso se disuelva
he de alentar, cantando mis amores,
como pájaro herido que en la selva
se entierra en el mantillo que fué flores.

Al margen de la humana tontería
y libre de sus graves profesores,
recorreré la dolorosa vía
de mi destino terrenal oscuro.
Triste será; más triste me sería
sestear a la sombra de aquel muro
que a los tontos protege del misterio
que con ansias mortales yo procuro
atisbar en el pobre cementerio
en que ella sola y solitaria espera.

Lo que los tontos esos llaman serio,
—y sería terrible si lo fuera—
es lo que al hombre eterno no le importa,
es a la postre la cosa más huera,
es lo que al ángel las alas recorta,
y el ángel, recortadas, ya no canta.
El canto es largo, mas la vida es corta
y hay que arar en la mar que se levanta
con sus olas al cielo, y con mi lira
surco la mar, donde brotó la planta
de este amor infeliz, puesta la mira
en la estrella, nacida de la noche
y que a la luz del alba luego expira.

No me haga, pues, por Dios, ningún reproche
por este uncir con el sentir pensares;
es la rima en mi verso firme broche
que une juicio y pasión y los pesares
serianme insufrible sacrificio

si no los acojiera así en los lares
de mi razón, huyendo el maleficio
de un dolor no encumbrado a pensamiento.
Pasión que no se purga en el servicio
del ideal, es como loco viento
que ni canta ni empuja vela alguna;
es viento loco el puro sentimiento.
Y ya que Dios nos niega la fortuna
de ser mía Teresa y yo su hombre,
su tumba séanos bendita cuna
de la inmortalidad, ¿qué importa el nombre?

Y en esta carta de tono tan vario
no creo, don Miguel, que a usted le asombre
su artificio dantesco y trinitario.
Gusto la tradición cuando consigo
guardarme en ella como en viejo armario
que ya de otras pasiones fué testigo.
Y aquí concluyo esta intrincada carta;
corta será tal vez para el amigo,
ha de ser para el crítico bien harta.

FIN DE LAS RIMAS

NOTAS

Acaso no debí haber escrito la presentación que antecede a estas Rimas, la historia de su nacimiento y de su padre—y de su madre—, sino haberlas dado al público en su desnudez poética, escoteras, sin anécdotas ajenas a su pasión, y además para no satisfacer la misma curiosidad, cuando no cominería, propia de eruditos anestéticos, de los que se llaman a sí mismos investigadores y que no ven en la poesía más que literatura—y de manual—y para no dar pie a los críticos de dechados. Mas una vez escrita aquella presentación, como un peligro llama a otro, he venido a dar en el de añadir aquí estas Notas.

Los que no busquen sino poesía—y Dios les bendiga!—pueden muy bien ahorrarse su lectura y aun la de la Presentación. Pero hay otros lectores a quienes hay que distraer dándoles entremeses y sainetes. Y por otra parte soy yo el que deseo distraerme.

El periodismo, además, nos ha acostumbrado al gacetillaje y a la crítica volandera. Y como entre los lectores de obras como la que he presentado suele haber también críticos, eruditos, gramáticos, filólogos, antologistas, profesores de lengua y de preceptiva literaria y otras gentes de oficios análogos, y como

apenas leen sino los mismos que escriben, he querido acudir a reparar ciertos probables y temibles estropicios.

Por otra parte, como mi pobre Rafael se murió, no le importa hacer carrera ni aguarda a que le digan si prometía o no. Escribió estas Rimas para verter su corazón, para derramarlo y sembrarlo, y porque no pudo, acaso por gracia de Dios, engendrar otros hijos, hijos de carne y de sangre y de vida perecedera, en su Teresa. Para eso y no para su gloria, al menos para su gloria terrena, las escribió. Que para otra gloria...

El catecismo de la doctrina cristiana que nos hacen aprender en la escuela en España, el del P. Astete, el que aprendieron y se sabían al igual Rafael y Teresa, dice que Dios hizo el mundo para su gloria, y un pobre maestrillo de primeras letras que hacía oposición a unas escuelas de niños, tradujo eso diciendo que Dios hizo el mundo para hacerse célebre. Y acaso él hacía los ejercicios de oposición para poder casarse con su novia. ¡Vaya todo por Dios!

Y vengamos a las notas. Que no he querido intercalar en el texto de las Rimas para no deslucirlas y estropearlas. Ni llamadas a ellas he intercalado allí. En una obra de poesía es imperdonable llenar el bajo de las páginas con notas y con variantes. Que si en todo edificio es cosa torpe dejar en pie andamios, en torre para sustentar campana es torpísimo. Puede hasta impedir que se oigan bien las campanadas.

Recordemos aquí a aquel humorista sin quererlo

ni saberlo que empezaba un discurso que leyó en una apertura de un curso así: «Decía un filósofo de la antigüedad (1)...» Y al pié de las páginas estaba, como está al pié de ésta, el nombre del filósofo. Y al leer el discurso y llegar a la nota dijo: «Aquí hay una llamada y al pié de página dice: Platón.» Yo no he querido usar en estas anotaciones que no me atrevo a llamar críticas, de tan ameno y regocijante procedimiento. He querido apartar todo humorismo de un texto de pasión en que el humor era sangre del corazón y no otro.

Las notas se refieren a las Rimas según la numeración de éstas. Y abrigo la esperanza de que estas notas, como un pararrayos, atraigan sobre sí censuras que de omitirlas, recaerían sobre las Rimas.

I

R. 1. En el último verso de esta Rima me llegó la última palabra escrita como la pongo: *des-sazón*. Con ello quería su autor, mi discípulo, restaurar a este vocablo toda su fuerza originaria, expresando el hecho de no llegar una cosa a sazón, de venir antes de tiempo o después de él. Y aun respecto a la palabra *sazón*, hay que hacer notar que en la Rima 44, y al final también de ella, está empleada en su sentido propio, o sea el de «sembra-

(1) Platón.

dura», ya que *satio, onis,* significa el acto de sembrar.

II

R. 17. En el original del último verso de esta Rima la palabra «cercana» aparece escrita encima de la de «lejana» que está tachada, de donde se deduce que Rafael escribió primero que había sentido entonces, cuando se cortó el dedo y ella le enjugó la sangre con sus labios sedientos de sangre, que su Teresa estaba lo más lejana de él y que luego cambió dándose cuenta de que es cuando la sintió más cerca de sí. ¿Cómo se explica esto?

Podríamos decir acaso que lo que tenemos más cerca es lo lejano de nosotros—nadie más lejos de sí que uno mismo—que prójimo, el prójimo, el más cercano, es el más lejano. Pero se trata de la mujer amada... Pues por eso!

Eran dos las Teresas que conocía Rafael: la de carne carnal y la de carne artificial, la temporal y la eterna. A la que veía y oía y tocaba no recordaba, pues no cabe recordar, idealizar, eternizar, lo que se tiene presente y aquella otra a que recordaba, la que él hacía, aquella a la que en la Rima 92 llama su «creación», a ésta no la tenía próxima a sí. Sólo así nos explicamos su vacilación entre «cercana» y «lejana». Y sospechamos que si hubiese escrito primero «cercana» lo habría tachado poniendo encima «lejana».

Claro está que lo mejor para el poeta hubiera sido disponer de una palabra que expresara a la vez lo más cercano y lo más lejano, lo que se ve y se recuerda a la vez, lo que se vive y se sueña, pero nuestro poeta no logró en este caso expresar el sentimiento de esa sutil dialéctica sentimental del amor.

La escena misma que nos cuenta nos representa a Teresa olvidándose de que tiene junto a sí a su Rafael y recordándolo al punto. Pero no quiero extenderme en consideraciones de tal índole sobre esta Rima.

III

R. 29. Al principio del original manuscrito de esta Rima aparece el signo ese $\overline{\times}$, que no representa otra cosa que las nueve de las horas del reló en números romanos y tendida hacia la izquierda.

Hemos hecho la experiencia de presentar este signo: $\overline{\times}$, preguntando qué les recuerda y han sido muy pocos los que han caído en la cuenta de que así se nos presenta las seis de la hora de un reló, en cifra romana, invertida y esto nos ha ocurrido con alumnos que todos los días, al venir a nuestra clase de la Universidad de Salamanca, están viendo ese signo, así $\overline{\times}$, en el reló de la Catedral. La aguda imaginación de Teresa, exacerbada por su dolencia corporal y espiritual, le hacía ver en el I que precede a la X del IX del reló, tal como se presenta en la esfera o

muestra tendido — la línea de la mar, y en la X unait cruz en perspecttiva, cayendo en ella.

IV

R. 36. En esta composición ha sido en la única en que, autorizado por su autor, me he permitido corregirle. En el verso 32 había él escrito:

ya que de hacerle sordo no hay figura,

lo que no rima con:

no abriga, se alza tal incendio a bordo

Fué una obsesión de su parte y no un propósito de quebrantar, siquiera por una vez, la consonancia. «Me perseguía el giro eso de no haber figura»—me escribió. Se lo corregí como aparece en el texto, y aceptó mi corrección.

Ni he querido darlo como *variante*, ya que esto no pretende ser una edición crítica, es decir, para lectores a quienes no les importa ni conmueve la poesía.

Y no quiero callar al propósito una de las ocurrencias más grotescas que en este género conozco.

Acabo de leer al poeta Manuel de Cabanyes, de que tanto gustaba don Marcelino Menéndez y Pelayo, poeta también, y le he leído en una edición que se titula: «Spanish Texts and Studies / The poems /

of / Manuel de Cabanyes / edited with Introduction, Notes / and Bibliography, by / E. Allison Peers, M. A. / Gil mour Professor of Spanish in the / University of Liverpool / — / Manchester. At the University Press/London, New York, etc. Longmans, Green and Co / 1923.»

La estrofa cuarta de la poesía III «El cólera morbo-asiático», pág. 54, dice:

Vencido el arte y el poder, tú ufano
De la desolación corres la senda
Misterioso y terrible:
So el velo que te encubre
Al Angel de la cólera divina
El justo creyó ver con su ígnea espada.

Después del *encubre* hay una llamada y al pie de la página dice: «Encumbre (1858)» señalando así una evidente errata de esta edición de 1858. ¡Eso se llama hacer una edición crítica!

Si después que yo me muera algún cuervo investigador desentierra mi libro de *Poesías* (1907), le ruego que al reproducir la titulada «En la basílica del señor Santiago, de Bilbao, el martes de Semana Santa, 10 de abril de 1906», corrija la última estrofa poniéndola así:

Y tal vez cuando tú rendida entregues
tus piedras seculares a mi tierra,
la altiva flecha de mi templo entone
tus glorias últimas.

aunque luego anote al pié y con llamada en el *entoné* esto: «Entorne (1907)». Hay una concienzudidad corvina.

V

R. 48. Hay en esta Rima, un verso, el 13, que me ha dado mucho que pensar, dudando si lo corregiría de como me llegó en el manuscrito original. El verso dice:

Aprendistes a leer en las pupilas...

Me di cuenta de que Rafael empleó la forma analógica *aprendistes* para evitar un hiato y que le resultase un endecasílabo. Yo mismo me he servido más de una vez de esta forma popular de la persona tú del pretérito perfecto de indicativo para evitar un hiato. Y no sólo yo: ¡Espronceda, sin ir más lejos, en su inmortal Canto a Teresa—¡cuán otra que la de mi Rafael!—decía:

¡Y tú feliz que hallastes en la muerte
sombra a que descansar en tu camino,
cuando llegabas, mísera, a perderte
y era llorar tu único destino...

Pero en el caso que anoto y examino aquí mi Rafael salvó el hiato de *aprendiste-a* haciendo monosílabo el infinito *leer* o sea cometiendo otro. Porque lo

mismo con una que con otra forma, con la popular y analógica o con la preceptiva y académica, se sacaba endecasílabo. Así

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
a	pren	dis	tes	a	leer	en	las	pu	pi	las
a	pren	dis	te a	le	er	en	las	pu	pi	las

¿Por qué a Rafael le sonaba mejor *leer* que no *aprendiste a* en hiato? He aquí algo que no me atrevo a dilucidar, pero desde luego no debo corregirle por el canon de un oído preceptivo, o sea artificioso. No me siento ningún Don Rufino José Cuervo, tan docto y entendido filólogo como torpe e insoportable dómine de la frasca de nuestro Hermosilla o del francés La Harpe.

El cual señor Cuervo, colombiano, benemérito y sagacísimo investigador de las reconditeces gramaticales e hisóricas de nuestra lengua castellana, en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*—obra que sería casi perfecta si se limitara a estudiar y analizar ese lenguaje y no se metiera a corregirlo con criterio de preceptor de gramática, retórica y poética—nos da un párrafo, el 297, que dice:

«297. Ya Bello observó el provincialismo que con»siste en decir *tú cantastes, tu dijistes, tú cedistes*. Lo »peor del caso es que algunos versificadores, cuando »se ven apurados para completar cierto número de »sílabas, se toman la libertad de admitir esos disparа»tes, probando que son incapaces de vencer las difi»cultades del oficio sin estropear la lengua. Copiare-

»mos un ejemplo de este abuso para que se evite cui-
»dadosamente:

»¿No *lloraste* en el huerto contemplando
»La que ya te esperaba horrenda suerte,
»Cuando al dolor *cedistes* exclamando
»Que tu alma estaba triste hasta la muerte?
»¿El Gólgota no oyó tu gran lamento
»De supremo dolor, cuando enclavado
»*Dijistes* en tu cruz con hondo acento
»¡Por qué, Señor, me habéis abandonado?

»Note aquí el lector la ensalada que hace el dueño
»de los versos, que por suerte no es compatriota nues-
»tro, de formas legítimas y formas incorrectas.»

A seguida de lo cual el dómine—tan docto gramático como mal literato y pésimo crítico—arma una ensalada entre el arcaísmo *vos abristes* y la forma analógica *tú dijistes.*

También mi Rafael, en la Rima 48, que estoy anotando, dice *viviste en, entraste en,* y luego *aprendistes a* haciendo una ensalada de formas legítimas y formas incorrectas. Y no será difícil encontrar algún poeta—poeta y no gramático—colombiano que lo haya hecho dejándose llevar de su oído y de su gusto y sin dársele un ardite de respetar dificultades preceptivas ni de conservar el académico anquilosamiento de la lengua. No sé si Don Rufino José Cuervo, que hablaba de «las tribulaciones que aquejan a nuestra lengua» (L 445) y decía que un cierto empleo de

donde «no es de las cosas que afrentan» (L 458) que el decir o no *ocuparse de* es punto de conciencia (L 459) y otras expresiones que bajo un fingido humorismo encubren la más anestética y hasta antipoética índole de preceptista, no sé si el pobre señor habría hecho versos alguna vez. Porque los versos no se hacen con fichero ni se miden con ningún aparato acústico del sistema métrico decimal.

Aunque sí, los hizo. En el párrafo 621 de esa misma obra gramatical, tratando de la confusión que muchos establecen entre *dintel* y *umbral*, nos dice que, él mismo, Cuervo, pretendiendo traducir una poesía de Byron, puso:

> Llegó a su *dintel* el Medo,
> Su trono el Persa ocupó.

Y añade: «Casi lágrimas nos ha costado este pecado; sólo nos consolamos con ver reos de lo mismo a varios académicos que a sí mismos se condenan con no dar cabida en el Diccionario a semejante acepción.»

El confundir el *dintel* con el *umbral* es, sin duda, pecado mucho mayor que decir *aprendistes* por *aprendiste*, ya que éste no es pecado, ni venial, contra el espíritu de nuestra lengua y los pecados contra la letra no son ni en arte ni en vida, pecados.

«Lo peor del caso es» que el buen dómine con eso de las formas ilegítimas y las formas correctas pretendía dictar preceptos a los versificadores y establecer como norma de producción y de crítica artísticos

literarias el concepto académico de la corrección. Gramaticalismo que poco o nada tiene que ver con el arte.

Nada hay, en efecto, más torpe que crear artificiosa, o sea preceptivamente, dificultades para provocar el arte de vencerlas. Eso es como jugar a los solitarios. Y el que se dedica a resolver dificultades técnicas, creadas preceptivamente, a modo trovadoresco, debe hacerlo a solas y no en público. No es decente que un pianista salga al público a tocar *estudios*. Se estudia en casa.

Y en cuanto a la preceptiva, hay que decir que en crítica y aun en estética, no debe uno valerse de preceptos, sino de *postceptos*. Y voy a explicarme.

Precepto, de *praeceptus* y éste del verbo *praecipere* —de *prae*, antes, y *capere*, *tomar*—es lo que se toma de antemano, una regla que precede a su aplicación. Y me place inventar otro concepto crítico, el *postcepto*, de un supuesto verbo latino, *postcipere*, tomar después, que si no existió pudo haberlo inventado alguien como se inventaron *postponere*, *postscribere*, *postferre*, *postire* y algún otro. Y el postcepto sería la regla que sale de los hechos, la ley que surge de la costumbre, y no como el precepto la que pretende moldear los hechos y hacer la costumbre. Y este es el nudo de la buena crítica.

El fin del arte es realizar belleza, o sea dar gusto a los que gocen de sus productos. Y el modo de averiguar cómo se ha de dar gusto es estudiar cómo se ha dado y cómo se da gusto. Sólo cabe determinar

cómo se ha de producir placer—en el caso del ritmo y la rima y la versificación al oído—estudiando cómo se ha producido y se produce ese placer. El fin de la crítica es esclarecer por qué gusta lo que gusta y no gusta lo que no gusta y es necedad criticista preceptuar que algo no debe gustar si gusta o que debe gustar si no gusta. Por algo se ha dicho que sobre gustos no hay disputa. Y bello es lo que gusta.

Espronceda, el del

y tú feliz que hallastes en la muerte...

en su *El Diablo Mundo* nos decía que nos ofrecía un poema

En varias formas, con diverso estilo,
en diferentes géneros, calzando
ora el coturno trágico de Esquilo,
ora la trompa épica sonando,
ora cantando plácido y tranquilo,
ora en trivial lenguaje, ora burlando,
conforme esté mi humor, porque a él me ajusto,
y allá van versos donde va mi gusto.

Es decir, que los escribía, en primer lugar, para darse gusto a sí mismo, para recrearse con su producción—y ciertamente que re-crearse!—lo que es la condición primordial de la labor artística. El poeta que no escribe, o mejor canta por escrito, para darse

gusto, para deleitarse con su propia poesía, ni es poeta ni nada que se le parezca.

Espronceda se proponía escribir alguna vez «en trivial lenguaje». El lenguaje trivial, de *trivio* o plazuela, es el lenguaje vulgar y de la mayor vulgaridad. Una vulgaridad, una forma vulgar, es el *aprendistes* de nuestro Rafael, y el emplearlo obedece al gusto del vulgo. Que digan lo que quieran los preceptivos, es gusto.

Nuestro Lope de Vega, nobilísimo genio de la vulgaridad castellana, en su *Arte nuevo de hacer comedias* nos decía:

> Que lo que a mí me daña en esta parte
> es haberlas escrito sin el *arte*.
> No porque yo ignorase los *preceptos*
> gracias a Dios, que ya *tirón* gramático
> pasé los libros que trataban desto...
> mas porque al fin hallé que las comedias
> estaban en España en aquel tiempo,
> no como sus primeros inventores
> pensaron que en el mundo se escribieran;
> mas como las trataron muchos *bárbaros*
> que enseñaron al vulgo a sus *rudezas*
> y así se introduxeron de tal modo,
> que quien con *arte* ahora las escribe
> muere sin fama y galardón...

Y después de decirnos que él, Lope, ha escrito algunas veces siguiendo el *arte*, y hablar de *monstruos* y

de *triste oficio* y de *hábito bárbaro* y de Terencio y Plauto, acaba con aquellos dos famosísimos versos que dicen:

> porque como los paga el vulgo es justo
> hablarle en necio para darle gusto.

En necio, no, sino en vulgar que es otra cosa. Y es justo, en efecto, hablarle en vulgar al vulgo para darle gusto, y dar gusto al vulgo es crear belleza para él, es realizar belleza.

Con razón Don Marcelino Menéndez y Pelayo, mi venerado maestro, que no era un preceptista al modo del dómine Cuervo, o de otros cuervos peores aún que él, como Don Antonio de Valbuena, pongo por caso, sino un crítico creador, esto es: poeta y un poeta crítico decía en su *Historia de las ideas estéticas en España* (tomo II, cap. X) comentando ese lamentable pasaje de Lope de Vega estas acertadísimas palabras: «Y en el *Arte nuevo de hacer comedias,* lamentable polinodia, que apenas es menester citar, porque vive en la memoria de todos, llama *bárbaro* de mil modos al pueblo que, teniendo razón contra él, se obstinaba en aplaudirle, y se llama bárbaro a sí mismo, y hace como que se ruboriza de sus triunfos por contemplación a los doctos «refinados y discretos» y se disculpa con la dura ley de la necesidad, como si hubiese prostituído el arte a los caprichos del vulgo; y hace alardes pedantescos de tener en la uña la poética de Aristóteles y sus comentadores... ¡Triste y lastimoso

espectáculo en el mayor poeta que España ha producido! ¡Cuánto le cuesta al verdadero genio hacerse perdonar su gloria!»

Es que Lope de Vega, soberano poeta, de cuyos poemas con los que buscaba darse gusto a sí mismo y dar gusto al vulgo creando belleza vulgar, popular, era, como les ha pasado a los más de los grandes poetas españoles, un detestable crítico de sí mismo y de sus obras. Por lo cual el excelente crítico inglés Saintsbury, en el capítulo II del libro V de su «Historia del criticismo y el gusto literario en Europe desde los textos más antiguos hasta el presente» (*A History of criticism and literary taste in Europe from the earliest texts to the present day by George Saintsbury*), después de haber dicho de Lope de Vega, cotejándole con Dryden, que: «Ambos tuvieron que confesar que habían sido alguna vez traidores a sus propios mejores ideales de poesía, para agradar a la muchedumbre; pero Dryden, por lo menos, jamás cometió la blasfemia de condenar sus propias mejores cosas, como hizo Lope, y de dar gracias a Dios de que sabía él mismo los preciosos «preceptos» conforme a los que *no* las escribió», después de haber dicho esto de Lope dice Saintsbury: «Los españoles, y perdóneseme una metáfora ruda y fea, jamás «se han digerido a sí mismos», jamás o mantuvieron la creación y el criticismo separados o aguardaron al uno hasta que la otra cesara. *Naturaleza* y *agudeza* luchan una contra otra constantemente entre ellos,

resultando una guerra sin tregua.» A lo que agrega unas muy atinadas consideraciones.

Sin duda, los españoles no nos hemos tragado a nosotros mismos—la expresión de Saintsmury es *digested themselves*—y hemos estado vio'entando los postceptos de nuestra naturaleza para acomodarnos a los preceptos de la retórica y poética y a la agudeza pedantesca. Ni hemos sabido defender y cultivar los que llaman nuestros defectos. Recuerdo que entrando una vez con un amigo francés, academicista, en el templo de San Esteban que en esta ciudad de Salamanca tiene la Orden de Santo Domingo, al encararse con la dorada magnificencia de su retablo de Churriguera, exclamó: «*voilà l'emphase espagnol!*»; a lo que yo: «*oui, mais dans les esprits de nature empnatique l'emphase est naturel.*» Y me puse a defender el churriguerismo primero y el gongorismo después, tan de nuestro gusto, y con los que hemos creado tanta belleza. Belleza que no crearemos con una preceptiva de escuela que nos venga de programas literarios, aunque pretendan ser muy ravolucionarios o muy de moda. Tal el ultraísmo o el modernismo o cualquier otro de esos —ismos que invente dificultades de oficio. Porque una preceptiva revolucionaria no deja de ser una preceptiva y tan absurda como la ortodoxia académica es la ortodoxia anti-académica. El mundo espiritual de la poesía es el mundo de la pura heterodoxia, o mejor de la pura herejía. Todo verdadero poeta es un hereje y el hereje es el que se atiene a postceptos y no a preceptos, a resultados y no a

premisas, a creaciones o sea poemas y no a decretos o sea dogmas. Porque el poema es cosa de postcepto y el dogma cosa de precepto.

Y véase a qué alturas y honduras de la crítica nos ha traído el tratar de discernir por qué nuestro Rafael prefirió *a-pren-dis-tes-a-leer* o *a-pren-dis-te-a-le-er*, que fué sin duda porque aquello le gustó y le sonó mejor que esto. Y si a sus lectores les gusta y suena así, no hay más precepto.

VII

R. 64. Es posible que al leer alguno de esos sujetos los versos que dicen:

> y yo temblé porque un dedo invisible
> ví que al morir el sol te acariciaba

exclame: «Si era invisible el dedo ¿cómo lo pudo ver?» A la cerrazón crítica que supondría tal comentario, no hay sino oir y pasar de largo. Eso se le podrá ocurrir a un literato, un letrado, pero no a un poeta. A un poeta pasivo que re-cree lo que oye o lee.

Y esto me recuerda cierta crítica del «Don Alvaro o la fuerza del sino», la estupenda tragedia romántica del Duque de Rivas, que es el más lamentable momento de incomprensión estética y de penuria imaginativa. Y es que los literatos, aun los mejores, sue-

len ser los más incapaces de comprender y sentir la poesía.

VII

R. 66. Esta composición es la única que escapó a la quema de que se habla en la rima 69. No se refería en nada a Teresa.

VIII

R. 70. El que pudo poner reparo a los versos de que hablo en la nota V volverá a objetar a lo de «el confín del infinito» diciendo que el infinito no tiene ni fin ni confín. Mas aparte de que quien tal diga sabe poco de infinidad y de fines, vuelvo a dar por repetido lo que arriba digo.

IX

R. 73. En el verso que dice

lentamente alagándose

no hay errata. No se trata del verbo *halagar*, sino de *alagar* o hacerse *lago*, verbo usado en portugués.

Antes hay otro verso que dice:

los frescos pensamientos
—flores—como acostándose en el lecho...

Y al propósito me escribía Rafael: «He puesto «—flores—» así, entre guiones, para dar a entender de la flor que se llama *pensamiento*. Y si no lo he escrito así, subrayado o en cursiva, es porque la cursiva es cosa de la vista y no del oído, y los versos se hacen para ser oídos y no para ser vistos.»

Yo recordé lo de Rubén Darío en su poema «El reino interior», donde dice:

Se ven extrañas flores
de la flora gloriosa de los cuentos azules,
y entre las ramas encantadas, papemores,
cuyo canto extasiara de amor a los bulbules.
(*Papemor*: ave rara; *bulbules*: ruiseñores.)

Sólo que el llamar *pensamiento* a una flor determinada no es un capricho del poeta.

X

R. 79. No estamos libres—estamos Rafael y yo—de que al leer esta Rima recuerde alguno que he sido yo el que llamó primero la atención sobre la expresión «ex-futuro», que es algo así como el aborto espiritual, lo que dejó de ser lo que habría sido.

Y no sería difícil que al leer lo de

gustaba hasta las heces
de la extraña expresión la paradoja

algún lector se sonría neciamente, pues han dado en llamarme paradojista o paradójico todos los imbéciles y todos los bueyes de imaginación, miserables esclavos del sentido común de cocina y de retrete—por algo se le llama «el común» a éste—e incapaces de sentido propio. ¡Majaderos de piedra! Y no quiero decir que sean ellos de piedra, sino que sus cabezas son majaderos de majar piedra.

Y perdone el lector este desahogo, pero es difícil contenerse al ver cómo se emperifollan con cualquier vocablo mal entendido los incapaces de desnudar con el lenguaje su pensamiento, si es que le tienen.

XI

R. 97. Para los que no tengan a mano el estupendo pasaje del P. Fr. José de Sigüenza en su *Historia de la Orden de San Jerónimo*, que inspiró su antepenúltima rima a mi Rafael, voy a trascribirlo aquí, tomándolo del capítulo XXVII del Libro Quarto (pág. 490 del tomo I de la edición de la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles»), que trata de «La vida de fray Juan Cardenet, y fray Bernardino de Aguilar, profesos del mismo convento de la Murta de Barcelona.

Dice así:

«Fray Bernardino de Aguilar, el segundo de estos dos, y el primero en orden, professo del mismo convento de la Murta, era natural de Barcelona (llámanlos en el idioma

de aquella tierra hijos de ciudad, y tuvo buen principio este nombre, aunque después por las travesuras de algunos ya se tiene por sospechoso), era de padres nobles, y él de lindo natural, en quien desde chiquito reluzieron mil virtudes, hábil por extremo en quanto ponía mano. Supo muy bien de letras de las que llaman Humanas, y en la religión muchas más de cosas divinas. Fué excelente en la música; tañía tecla y no de la peor que entonces se sabía, lindo ayre como ellos dizen, y en nuestro Aguilar era divino, porque en esto lo empleava todo, haziendo en espíritu consonancia con Dios. Tras esto era de buena voz; acompañava lo uno a lo otro, de tal suerte que quando tañía y cantava al órgano en Missa, o en Vísperas, levantaba el alma de los que le oyan en un gozo sobrenatural. Todo esto pudiera ser harto estorvo (que lo suele ser en algunos) para llegar a alcançar grandes virtudes, y no lo fué en él ni en otros muchos que he yo visto en esta religión, músicos santos, obediente, lo primero con gran excelencia, humilde, con que templava la dissonancia que suelen traer consigo las grandes habilidades, caritativo, paciente, recogido, de mucha abstinencia, y todo lo que es razón se halle en un buen frayle; conservava esto con el exercicio continuo de la oración. En una cosa fué demasiado, que fué en tratarse mal; no era Sacerdote, ni de los hermanos legos, sino de un estado medio que llamamos choristas, ni quiso passar de aquí, aunque se lo rogaron; los que le conocieron y atestiguaron de sus virtudes, certificaron que nunca comió sin dexar de lo poco que le davan la mayor parte para los pobres, y con mucha discreción, por no ser singular. Traya siempre un crucifixo pequeño en el pecho, sacávale por debaxo del escapulario, ascondidillas, ponía en él los ojos, y bañávalo de lágrymas. Tanta prisa se dió a estos ensayos de petinencia y de abstinencia, que en pocos años le vino a faltar la fuerça; dióle una calentura que le yva

consumiendo la poca virtud que le quedava, fuele forçoso yrse a la enfermería y caer en la cama. Recibían los religiosos grande consuelo en oyrle tañer y cantar los Psalmos, lleváronle allí un instrumento, y estávanse con él haziéndole compañía. Llegó al fin a tanto descaymiento que no podía hazer nada; estando muy al cabo vino un día el Prior con mucha parte del convento, y llegándose a él con afabilidad le dixo medio burlando, ¿cómo estays, hijo; no estaréys agora para tañer y cantar un Psalmo: El obediente siervo de Dios, sin hazer cuenta del extremo de su mal, y teniendo bien hecha la de su alma, respondió con mucho aliento: aparejado estoy, padre, para hazer vuestro gusto en todo lo que mandaredes; assentose en la cama y pidió el manicordio; començó a tañer y cantar con tanta suavidad que los puso en admiración. El cantava y tañía y ellos derramavan lágrymas de devoción; començó el Psalmo *Super flumina Babylonis, etc.* No parecía voz humana, porque penetrava las entrañas con el sentimiento que dava a la letra; llegó assí con sus versos hasta el que dize, *Quómodo cantábimus cânticum Dómini in terra aliena*; díxolo una vez, tornólo a repetir la egunda; y a la tercera alçó los ojos al cielo, y dando un suspiro de lo profundo del pecho, puestas las manos en la tecla, passó de esta vida a la eterna porque cantasse el cantar del Señor en la tierra de los vivientes.»

¿Conoció acaso esta maravilla Mosén Jacinto Verdaguer? ¡Lo que habría hecho de ella el que cantó *La mort d'el escolá!* De aquel escolano a quienes enterraban llorando los monjes de Montserrat y a quien sólo cantaba un ermitaño, y

mentre ell canto pels ayres
lo violí soná.

XII

Epístola, pág. 000. En esta composición hay, sin duda, más literatura y menos poesía que en otras de su autor. Y por ello se presta más a ser anotada.

En efecto, en mis cartas le había escrito a Rafael, tratando del tiempo, que *rato* deriva de *rapto* y es un arrebato. Y en toda la fuerza de este su sentido—a una palabra se la regenera bañándola en su fuente—la emplea alguna vez en sus Rimas, y sobre todo en la 87, que empieza:

¡Oh, en aquellos ratos cálidos...

Y de ahí partió para darme en una epístola en tercetos, al modo tradicional, algo de su estética y lo que es peor, de su literatura.

Lo de que el rato es ola y el agua del lago—lago sin fondo y sin orillas, mar—la costumbre es, ciertamente mío, como lo que dice más adelante de

que lo eterno es la vuelta, la carrera,
es el ritmo y la estrofa y es la rima,
la pasada y futura primavera,
las aguas que del mar ruedan encima, etc.

No sólo se lo desarrollé en mis cartas, sino que sobre esta idea poética y apoyándose en una superstición muy extendida en nuestro pueblo de que los

vencejos son inmortales, compuse y publiqué un poemita que dice:

Han vuelto los vencejos;
las cosas naturales vuelven siempre);
las hojas a los árboles,
a las cumbres las nieves.
Han vuelto los vencejos;
lo que no es arte vuelve;
vuelta constante es la naturaleza
por cima de las leyes.
Han vuelto los vencejos;
¿ves como todo vuelve?
todo lo que ha brotado al sol desnudo,
de la inexhausta fuente;
todo lo que no fué de algún propósito
producto endeble.
Han vuelto los vencejos;
¡augusto ritmo, única ley perenne!
el año es una estrofa
del canto permanente!
Todo vuelve, no dudes, todo vuelve;
vuelve la vida;
¡vuelve la muerte!
cuanto tiene raíces en la tierra
al fin y al cabo vuelve!
Han vuelto los vencejos,
y al pecho aquellas mismas ansias vuelven...!
Ahora comprenderás lo que en la vida
quiere decirnos: «¡siempre!»

Siempre, quiere decir la vuelta, el ritmo,
la canción de la mar en la rompiente;
si la ola se retira
ha de volver, pues es de lo que vuelve.
Vuelve todo lo que es naturaleza,
y tan sólo se pierde
lo que es remedo vano de los hombres,
sus artificios, invenciones, leyes...
Han vuelto los vencejos,
como ellos vuelven... siempre!;
con su alegre chillar el aire agitan
y el cielo con su raudo ir y volverse
al caer de la tarde
cobrar vida parece.
No se posan ni paran, incansables;
sus pies ¿pa'a qué los quieren?
les basta con las alas
criaturas celestes.
Con ritmo de saeta, ritmo yámbico,
los versos vivos de su vuelo tejen,
chillando la alegría
de sentirse vivientes...
Han vuelto los vencejos;
los del año pasado, los de siempre,
los mismos de hace siglos,
los del año que viene,
los que vieron volar nuestros abuelos
encima de sus frentes
y encima de las suyas nuestros nietos
verán también volar negros y leves.

Han vuelto los vencejos;
criaturas del aire que no mueren
—¿quién muertos los ha visto?—
heraldos de la vida, amantes fieles
del largo día de la mies dorada;
han vuelto los de siempre...!
¡Vencejos inmortales,
alados hijos de natura fuerte,
heraldos de cosechas y vendimias,
mensajeros celestes,
bienvenidos seas a nuestro cielo,
vosotros... los de siempre!

También debió a sugestión mía lo de que el canto celestial de su Teresa, hecha ya Angel, sea de las alas y no de la boca, pues, siguiendo la analogía de lo que pasa con las cigarras, he descubierto que los ángeles en el cielo cantan con las alas y no con las bocas, aunque acaso con éstas acompañen a aquel tañido alado.

Luego mi Rafael se impacienta un poco contra los tontos y contra lo que éstos llaman serio. Los tontos llaman serio a lo que creen que les da de comer, presumen de sentido práctico y no tienen idea clara de la finalidad. El enigma de los tontos es aquel de cuál fué antes, si el huevo o la gallina. En el orden económico el que trate de comerse huevos tomará a la gallina por medio y al huevo por fin, y el que prefiera comerse gallinas tomará a los huevos por

medio para obtenerlas. Y no tiene más sentido suponer que la finalidad de un manzano es dar manzanas: la manzana es un medio para proteger las pepitas, la semilla, y ésta es un medio para producir la planta, y así. Cuál es la finalidad del árbol? Rafael, y yo con él, creíamos que es la flor. El leñador cree que el fin de la encina es dar leña; el constructor, que es dar madera; el cerdo y su ganadero, que es dar bellota; los poetas, capaces de descubrir en el monte la flor delicadísima de la encina, la candela que se recata en el follaje, creen que el fin de la encina es dar flor, candela. Y los zagales músicos, los que tocan la dulzaina o chirimía, han de creer que el fin de la encina es dar corazón—el centro de su leño—, pues con él hacen su instrumento, con el corazón melodioso de la encina, atravesándolo con una varita de hierro candente.

Nada tendría que hacer notar a la parte de su epístola en que Rafael me habla de unir juicio y pasión y de reducir los pesares a pensares—y obsérvese que *pesar* y *pensar* son voces gemelas, derivadas de un mismo vocablo latino—, si no fuera porque todavía hay botarates que creen que el juicio y la reflexión quitan a la espontaneidad de la inspiración. Y son los que hablan de poetas espontáneos. Mas de esto ya queda dicho en el prólogo.

Mucho habría que decir de la defensa que al final de su epístola hace mi Rafael de la tradición, en este caso la de escribir epístolas en tercetos, al modo trinitario, en tercetos como los que, por razones de

alegorismo escolástico, empleó el Dante. Pero no estoy aquí escribiendo una Preceptiva, y Dios me libre de escribirla nunca, ya que las preceptivas, buenas y útiles acaso para la literatura, son fatales para la poesía.

DESPEDIDA

Al escribir las notas de este libro manifesté que acaso no debí haberlas escrito, así como tampoco la Presentación que le precede, dejando que las Rimas, en su desnudez, dijeran por sí cuanto tienen que decir. Pero ahora, según voy viendo mi obra, me doy cuenta de todo el valor de este enmarcamiento de Teresa.

¡El valor de un marco! El marco, a la vez que aisla al cuadro del ámbito de grosera realidad que suele cercarle, suele relacionarle con él. El marco representa una ventana abierta al infinito del arte, a la eternidad.

Donde pierden todo valor los marcos es en los museos, en esos cementerios del arte a donde van los cuervos de la investigación a estudiar los cuadros, las telas o tablas en que dejaron para siempre sus vidas y sus amores los artistas. Los cuadros de Museo no deben tener marcos. No se comprende tantas ventanas en un cementerio. Lo que allí hay es nichos.

Sí, no me pesa de haber tallado, y con tanta piedad, este marco para el cuadro que me legó mi Rafael de Teresa; no me pesa de haber enmarcado así,

en este ámbito de un gris crudo, esa pintura de verde de fin de invierno, de azul pálido de tarde de tormenta y de rosa de puesta de sol. Enmarcando este cuadro lo he vivido. Y he vivido.

Y ahora me estoy aquí tratando de prolongar esta despedida, pues sé que cuando haya entregado al público esta obra no será ya mía. Comprendo el dolor con que un artista, que tiene que vivir de su trabajo, se desprende de una obra que ha tenido que vender. Es como tener que vender los hijos. ¿Cómo los tratarán?

Felizmente para él, mi Rafael se murió antes que su obra llegue a manos de un público que se compone, en parte, de gente de malsana curiosidad, fomentado y azuzado por escritores, literatos, no tanto sin vergüenza cuanto sin corazón ni cabeza. Rafael se me murió y yo sigo en pie con esta brega civil de cada día. Y menos mal que la mejor y quiero creer que la mayor parte de mi público es de otra índole que esa a que me acabo de referir.

He tallado este marco en intervalos de mi campaña civil. Estas líneas las estoy escribiendo, en unos días plácidos y sosegados de mediado septiembre de este año de 1923, el de las Responsabilidades, en estos días en que empiezan a marillear las primeras hojas del otoño y en este plácido y sosegado retiro de la ciudad de Palencia, la Abierta, a orillas del Carrión, el río que lleva el eco de las inmortales coplas de Jorge Manrique, el río de los Campos Góticos, el que arras-

trá a la mar las sales de los huesos de los reconquistadores.

Las escribo en días de agitada historia patria, en que unos más que adultos señoritos, atolondrados mozos de canas, sin meollo en la sesera y obsesionados por la masculinidad física, por el erotismo de casino, se ponen a jugar a la política como podrían ponerse a jugar al tresillo, henchidos de frivolidad castrense. Las escribo en días en que me ha hecho sonrojarme un cierto manifiesto que huele a las heces de una noche de crápula y cuando oigo las voces roncas de disputa entre Don Juan Tenorio y Don Luis Mejía que se increpan mutuamente. Y mientras ellos repiten las eternas vaciedades de nuestros *pronunciamientos*, padres de *camarillas*, y peliculean dándose tono y pensando más que en otra cosa en las pantorrillas de cualquier tobillera de la calle, pienso en las horas fugitivas de nuestra mocedad. Y a la desesperanza que me invade al oir a cuatro botarates jerárquicos hablar de su *moral* y de su *doctrina* y proclamarse *casta*, le busco consuelo en la lectura y el arreglo de estas Rimas, que en las alas de las horas se alzan por encima de la pesadumbre del siglo, y dejo que pase la película de los héroes casineros. Cosas más eternas tengo a la vista.

Aquí, frente a la casa, el hogar de mi hijo mayor, en que moro, unas golondrinas tienen puestos sus nidos encima de unos balcones, y más abajo, en los soportales de la calle, una parejita de enamorados, dos jovenzuelos en plumón todavía, ensayan los vuelos

del amor paseándose por las mañanas y deteniéndose a ratos en la puerta de la casa de ella, junto a un establecimiento, punto de reunión de la gitanería, que lleva, por contraste cómico, el rótulo de «El Nido-Billar». Ella, la muchachita, lleva, por achaque de salida mañanera, un devocionario con el que juegan sus manos. Las primeras lluvias frías del otoño han hecho emigrar las golondrinas, aves que no encuentran ya alimento, pero a la parejita de golondrinas humanas les protegen de esas lluvias los soportales, estos soportales de ciudad castellana que le dan el aire y tono de un hogar, de una sola casa, estos soportales domésticos y civiles.

Para esta pareja de novios a la española, de reja, que es la pareja eterna, la de siempre, tan tiernecitos todavía, no existe problema de responsabilidades; viven sus horas—su hora, más bien—y no sienten la pesadumbre del siglo. ¿Se habrán enterado de que acaba de plantearse en España la dictadura militar? Y yo, mirándolos he oído, como surgiendo de las aguas sosegadas del río palentino, esta sentencia:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir...

¡Y es el amar! El amar rima con mar...

He insertado en este marco de las Rimas de mi Rafael unos poemas míos, que han manado de mi alma a la vez que los artículos periódicos con que trato

de dar vida a la historia de mi conturbada España, fruto aquéllos de mis horas como éstos de mi siglo—siglo es secuencia o generación—, y os aseguro, lectores, que son corrientes de una sola y misma poesía. Que también yo, como mi Rafael, tengo mi meterótica, de que suelo hacer mi metapolítica.

Que cualquier tiempo pasado
fué mejor...

me susurra, pasando al pie de la torre de San Miguel, toda ella ojos, el río Carrión. Pero no, ¡no!

Y ahora tengo que dejar estas queridas cuartillas. Y ¡adiós, lector! ¡Adiós, Rafael! ¡Adiós, Teresa! ¡Adiós mocedad!

No lloro, ¡no! ¡Miradme a los ojos!

Yet there will still be bards: though Fame is smoke,
Its fumes are frankincense to human thought;
And the unquiet feelings, which first woke
Song in the world, will seek what then they sought;
As on the beach the waves at last are broke,
Thus to their extreme verge the passions brought
Dash in poetry, which, is but Passion,
Or, at least, was so ere it grew a fashion.

LORD BYRON. «Don Juan», Canto IV, 106.